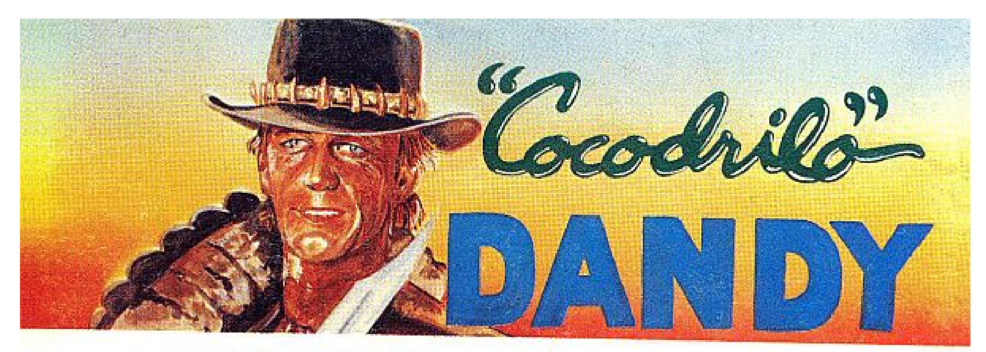


LAS FLORES DEL MAL

GRANDES
A
AVENTURAS

Historia protagonizada por Duncan «Cocodrilo» Dandi (no «*Dandy*», como dice la portada), un cazador de lagartos gigantes de origen irlandés, putero y cínico, del que queda locamente enamorada la mega-estrella de Hollywood Rossanna Angeli (supongo que representada en la portada por ésa que se parece a Vicky Larraz). Rossanna está inmersa en el rodaje de una superproducción rodada por medio mundo, con peligrosas escenas de acción entre alimañas. No sin dificultad, logrará convencer a Dandi para que se una al staff como especialista en las escenas de acción. Una vez dentro, Duncan descubrirá que el rodaje sólo es una excusa para importar a USA todo tipo de drogas, escondidas en los arcones de *atrezzo*, desde los países exóticos; y además, que el productor y el ex-marido de Rossanna conspiran para asesinarles, los muy malandrines.



Curtis Garland

Las flores del mal

Bolsilibros - Indiana James - 42

ePub r1.0
LDS 26.05.18

Título original: *Las flores del mal*
Curtis Garland, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

LA «ESTRELLA» DEL AMAZONAS…

La embarcación volcó espectacularmente.

Estaba en medio del río, en plena corriente, justo donde el ancho cauce de agua formaba un cerrado recodo sobre el muro de vegetación, espeso y lujuriante, de una frondosidad sólo posible en aquellos parajes del interior de la jungla tropical.

Los gritos de sus ocupantes sonaron en el quieto atardecer, provocando el vuelo precipitado de numerosos pájaros de plumaje multicolor, situados en las altas copas de la arboleda ribereña.

Después, los saurios se lanzaron al agua sin perder tiempo.

La rubia muchacha que nadaba contra corriente, a la desesperada, tras ser víctima del vuelco del pequeño barquito con chimenea que navegaba río abajo, miró atrás con el gesto aterrorizado.

Los chillidos de las aves asustadas, se mezclaron con las llamadas de petición de socorro de la mujer. El agua, al empapar su blusa, marcaba ahora nítidamente sus formas, revelando que debajo de aquella prenda no llevaba absolutamente nada, salvo su propia piel.

Pero parecía que a los reptiles carnívoros que hasta poco antes dormitaban apaciblemente en las orillas, esos encantos físicos les tenían perfectamente sin cuidado, a menos que formaran parte de su inesperado festín vespertino. Y avanzaban raudos como flechas hacia la exasperada nadadora, mientras los demás ocupantes del barquichuelo naufragado se aferraban como podían al casco de la embarcación.

Uno de los cocodrilos, más rápido que los demás, llegó cerca de la damita. Su enorme bocaza se abrió, revelando una respetable hilera de dientes capaces de triturar no sólo a la muchacha, sino al mismísimo barco zozobrado, si era preciso.

El grito de ella fue desgarrador. Su gesto revelaba un miedo irrefrenable, fija la mirada, de un azul turbador, en la escamosa superficie del horrible animal. Éste estaba cada vez más próximo. Y su boca, por desgracia, también.

Cuando parecía que aquellas fauces iban a cerrarse sobre la gentil anatomía de la rubia náufraga, ocurrió el milagro.

Un hombre alto surgió en la orilla del río, rifle en mano. Disparó varias veces, con serena arrogancia, sobre el reptil. Éste dio un vuelco sobre sí mismo, el agua se tiñó de sangre alrededor…, y el peligro desapareció para la víctima, al hundirse el cocodrilo en las aguas. Otros disparos ahuyentaron a los demás reptiles, mientras los tripulantes del barquichuelo prorrumpían en gritos de júbilo.

Después, el formidable tirador dejó su rifle para desenrollar un lazo que, con la destreza de un vaquero tejano, lanzó hacia la muchacha. Ella se aferró a la cuerda, dejándose arrastrar a la orilla.

Momentos después, alcanzaba el frondoso borde cuajado de vegetación, y caía rendidamente en brazos de su salvador, que oprimió contra sí aquel cuerpo femenino, de formas sensuales, a las que se adherían su blusa y su pantalón de modo que le prestaban un elevado contenido erótico…

—¡Corten! —gritó la voz potente de Jonathan Goodwin desde su puesto privilegiado de director de filmación—. ¡Excelentes tomas, os felicito a todos!

La empapada joven de cabello dorado se apresuró a separarse de inmediato de su atrevido galán, rompiendo todo el encanto romántico de la escena para espetarle una frase que no tenía nada de amorosa:

—¡Apestas a esa maldita colonia que usas, como siempre, Peter!

—Vete al diablo —se irritó su «salvador» sin el menor asomo de galantería o ternura en su áspera voz—. Y a ti se te notan las tetas de plástico, querida.

—¡Tetas de plástico! —Se enfureció ella, enrojeciendo hasta la raíz de sus cuidados cabellos color oro—. ¡Eres un maldito rufián, hijo de mil perras calientes, Peter Graham! ¡Yo nunca me he puesto

prótesis ni siliconas en el pecho! ¡Eso son habladurías de los malditos periodistas de Hollywood a quienes tú ríes sus gracias! ¡Ten cuidado a ver si necesitan ponerte a ti prótesis de plástico en donde yo me sé, que falta te hace!

—¡A mí me sobra todo lo que tú quisieras para ti! —se exaltó Peter Graham, el cotizado galán de la *International World Pictures* de Beverly Hills.

—Eso debió ser antes de que te lo comiera alguna de tus amantes de pacotilla —declaró ella despectivamente, alejándose de él con indiferente aire de insolencia.

Graham se quedó despotricando a solas en la orilla, mientras los expertos de filmación, en una balsa recogían a los «náufragos» del vaporcillo fluvial, y otros se ocupaban de retirar del agua los restos de un cocodrilo de plástico alcanzado por las balas del actor en la escena culminante, mientras un domador especializado reunía a sus propios saurios de carne, hueso y escamas, viejos, desdentados y lo bastante ahítos de carne como para no probar ni una hamburguesa.

—Bueno, basta, basta, Rossanna —trató de apaciguarla Goodwin acercándose a ella mientras la actriz era cuidadosamente envuelta en toallas de baño calientes, para protegerla del efecto del agua hasta que pudiera cambiarse de ropa y bañarse en su camerino, situado en el inmediato campamento cinematográfico, a orillas del majestuoso Amazonas.

—¡Es que ese hombre logra crisparme los nervios! —replicó ella, excitada—. Siempre tan pagado de sí mismo, tan engreído, tan insufrible…

—Rossanna, Peter Graham es un actor cotizado, las películas necesitan de nombres como el suyo para ser un buen negocio en taquilla…

—¿Es que acaso no soy *yo* el negocio? —Se enfureció la bella actriz—. ¿No es mi nombre, mi físico, el que atrae a todos los públicos del mundo, el que da millones de dólares de beneficios a la productora? ¿Quién tiene más importancia que Rossanna, la «estrella» de la *International*?

—Nadie, nadie —aceptó conciliador Goodwin—. Pero precisamos de buenos soportes también, para realzar tu propio nombre, tu categoría artística y comercial. Como cantante de *rock*, sólo necesitabas a tus músicos y tu micro para volver loca a la

audiencia. Al convertirte en figura del cine, necesitas también mucho más que entonces: un equipo técnico y artístico que esté a tu altura, que tenga «gancho».

—¡Peter Graham no estará jamás a mi altura! —clamó ella parándose ante la puerta de la amplia y lujosa *roulotte* que le servía de camerino y alojamiento durante el rodaje de exteriores en las selvas amazónicas—. Te advierto que si vuelve a importunarme, soy capaz de dar a elegir a la *International* entre él o yo. Y supongo que no van a despreciar a una «estrella» que les está llenando los bolsillos de dinero…

Cerró de golpe la puerta tras de sí. Goodwin se llevó las manos a la cabeza, regresando junto a sus técnicos.

—¡Mujeres! —se lamentó entre dientes—. Y encima, actrices famosas… ¡Lo que faltaba! No se las puede soportar. Como figura del *rock*, Rossanna era una gran chica. Desde que se ha convertido en la figura de moda de Hollywood, es insufrible. Pero al fin y al cabo, en algo tiene razón: es la que da dinero…

Pegó una patada a un lagarto que se cruzaba en su camino, para desahogar su ira de alguna forma. Luego, dispuso las cámaras y los detalles para el rodaje de nuevas escenas en las orillas del Amazonas.

Mientras tanto, Peter Graham se dedicaba también a despotricar con un grupo de actores, descargando sus iras sobre el nombre de Rossanna. Enmudeció al aparecer un joven de rizado cabello oscuro, ojos ardientes y expresión fogosa, vestido de explorador, como el propio Graham.

Los que escuchaban a Peter hasta entonces, disimularon cuanto les fue posible.

—A mi no me engañáis —habló secamente el recién llegado—. Estáis criticando a mi hermana. Como siempre. Y Graham lleva la voz cantante, ¿no es cierto?

—Te equivocas, Rocco —habló con apresuramiento el galán—. Estábamos comentando las escenas rodadas hoy.

—Mentira. Tal vez comentaríais eso, pero con relación simplemente a la actitud de Rossanna —sostuvo Rocco con energía —. Sois todos iguales. No soportáis que alguien sea la «estrella». Y tú menos que nadie, Graham. ¿No te das cuenta de que ella es la que da los beneficios a la productora?

—Eh, espera un momento —se picó el actor—. Mi nombre es famoso también. Soy un galán cotizado, no lo olvides.

—Yo no olvido nada. Pero una película con tu sólo nombre, no dará ni la décima parte de dinero en taquilla que da la gran Rossanna, la cantante convertida en primera figura del cine. Eso no lo olvidéis ninguno.

Airadamente, Rocco se alejó tras pronunciar esas palabras. Los actores se miraron entre sí, dando por terminada su reunión. Sólo Graham le siguió con mirada rencorosa, comentando entre dientes:

—¡Estos italianos del diablo! Aunque hayan nacido en Brooklyn, tienen todos los defectos de su raza. Rocco vive gracias a su hermana. Y vive como un rey. Es natural que la defienda tanto… Los Angelí y Rocco Angeli… Al diablo con todos ellos, por muy famosa y rica que se haya hecho su hermanita con el nombre artístico de Rossanna, su melena rubia teñida, su cuerpo escultural, su voz en los discos y su bonita cara latina en la pantalla… ¡No soporto a ninguno de ellos!

Y se encerró también en su camerino, para agarrarse a la botella de *whisky*, su diversión predilecta.

* * *

Rossanna estaba más calmada.

Fumando un cigarrillo, envuelta en su bata de seda, paseaba por el camerino rodante, a la espera de que terminase el trabajo cotidiano en la húmeda, bochornosa jungla amazónica.

Empezaba a estar harta de aquella película, que aún tendría que rodarse más tarde con nuevos exteriores en otros lugares del mundo. La realidad es que estaba harta de todo, incluso de ganar dinero.

—Creo que esta noche voy a necesitar mi sedante —dijo a Brenda Lane, su camarera y ayudante personal. Tengo los nervios destrozados, Brenda.

La fiel camarera meneó la cabeza preocupada, mientras ordenaba las ropas que su ama tenía que lucir en la escena a rodar poco después.

—Yo no le aconsejaría que lo hiciera, señorita —observó con humildad—. La noche pasada durmió perfectamente, sin necesidad de fármacos.

—Pero tuve horribles pesadillas. Soñé con caimanes. Y con docenas de Peter Graham que se burlaban de mí, asomando por entre la espesura… —Dio una patada en el suelo, se sirvió un trago de licor en un vaso y lo bebió con cierta avidez, contemplada por su camarera con gesto de resignación—. Tomaré el sedante, está decidido. Graham ha logrado crisparme los nervios. Y esta maldita película, también. Estoy harta del Amazonas, de Brasil, de la selva y de los cocodrilos. Incluso de los de plástico.

Brenda no comentó nada. Conocía lo bastante bien a su patrona para saber que lo mejor era eso, no decir palabra alguna en sus momentos de ira o de nerviosismo. Dejando que se desahogara, ella acababa calmándose tarde o temprano. Más bien tarde, pero eso era otra historia. Y ella no podía cambiarla.

—Recibió una carta de Hollywood, señorita —le dijo para hacerla olvidar su enfado actual—. Se la dejé en el tocador.

—¿Carta? No será de algún admirador, supongo. Ni del Fisco tampoco…

—No, no, señorita —sonrió Brenda—. Nada de eso. El membrete es el del señor Lothar Khan…

—¡Lothar Khan! —Ella tiró el cigarrillo, arqueó sus oscuras cejas, en contraste curioso y hasta atractivo con su melena rubia artificial, precipitándose hacia el tocador—. ¡Habérmelo dicho antes, mujer! ¡Ese santo varón, ese iluminado maravilloso que tanta paz ha traído a mi vida…! ¡Todo el mundo debería pertenecer a su Movimiento Benéfico Mundial por la Ecología y la Paz! ¡Los gobiernos deberían rendirse a su grandeza de espíritu, los magnates darle todo el dinero que necesita para cambiar este mundo horrible en que nos ha tocado vivir!

Como poseída por una fuerza interior superior a toda voluntad, Rossanna abrió el sobre que Brenda depositara en su tocador, comenzando a leer con avidez los numerosos folios escritos con letra menuda, cuidada, que formaban el texto manuscrito contenido en aquella misiva.

Brenda se limitó a seguir ordenando las cosas mientras la «estrella» devoraba aquella carta haciendo comentarios constantes, todos elogiosos, encendidos, de la persona y los actos maravillosos de aquel hombre llamado Lothar Khan y de su obra desinteresada en favor del mundo y de los hombres.

—¡A rodar! —Sonó cosa de media hora más tarde la voz de Jonathan Goodwin—. ¡Vamos, a rodar! ¡Tenemos que aprovechar las últimas luces del día, muchachos!

A Rossanna le costó salir del éxtasis en la que la había dejado sumida la misiva de Lothar Khan, para volver a la dura realidad del rodaje cinematográfico, entre selvas de verdad y cocodrilos de plástico.

CAPÍTULO II

MUERTE EN EL RIó

La noche era un negro, apacible manto tendido sobre la espesura amazónica.

No gritos de aves, ni voces humanas, ni ruido alguno, salvo aquellos roces misteriosos, nunca concretos, que llenaban los inextricables vericuetos de la selva con su pálpito eterno de vida, como si toda la inmensa jungla brasileña fuese un enorme gigante dormido, de respiración latente bajo su epidermis verde, lujuriosa, exuberante y húmeda.

Rossanna no podía dormir. Había seguido los consejos Brenda, no tomando su sedante habitual. Además, había bebido un poco de más tras la cena, para aliviar sus contrariedades en el alcohol, y eso había hecho que temiera mezclar el fármaco tranquilizante con la bebida. Pero empezaba a arrepentirse de ello. No sólo tenía insomnio, sino calor. Y nervios.

Se secó la transpiración como pudo. Bajo la tenue sábana, su cuerpo desnudo estaba tan caliente como si vistiera un abrigo de pieles hasta los pies. Y ella sabía que ese ardor no era sexual siquiera. Desde que iniciara los trámites de divorcio con su marido, el degenerado, insoportable y parásito James Gillings, no había vuelto a desear hacer el amor con nadie. Había sufrido demasiado con James para desear probar a otro hombre en ese sentido.

Dejó de pensar en todo eso, irritada. Era lo que le faltaba, pensó con disgusto, levantándose de la cama. Paseó como Eva, por la penumbra de su *roulotte*, tras encender un cigarrillo. Tras una vacilación, se echó un buen trago de *bourbon* con hielo, pero no por

eso se sintió mejor ni más calmada. Y menos aún somnolienta como para probar fortuna de nuevo bajo la sábana.

Tras otra vacilación, apeló al fin a su tubo de somníferos. Se tomó dos pequeñas cápsulas con un poco de agua. Y para conciliar el sueño con más facilidad, optó por salir al exterior.

Se puso encima la bata de seda, la anudó y salió de la *roulotte* decidida.

Todo el campamento cinematográfico dormía. No quedaba nadie en vela, por la sencilla razón de que aquel lugar, pese a las leyendas, no tenía nada de peligroso. Los únicos nativos que lo habitaban, a varias millas de allí, eran indios brasileños amazónicos, totalmente inofensivos. Y no se habían detectado alimañas peligrosas en la vecindad, con la excepción de los saurios, eternos habitantes del gran río, pero distantes de aquel punto preciso elegido para rodar la película sin riesgos innecesarios.

Rossanna caminó hacia la orilla del Amazonas, alejándose brevemente del silencioso campamento. El aire de la noche olía a naturaleza, a verdor, a primitivo. Algo que en la gran ciudad se había olvidado ya. Lo respiró a pleno pulmón y se sintió mejor. Lamentó haber tomado alcohol. Y también el sedante. Pero eso ya no tenía remedio.

Se detuvo delante del ancho cauce del río, donde se reflejaban las estrellas con parpadeos casi fosforescentes. Había tanta calma, tanta paz, que resultaba imposible imaginar que aquella selva estuviera repleta de criaturas vivientes, de toda una fauna diversa y exótica. Tal vez ahora mismo, pensó ella, ojos invisibles la observaban curiosos desde la espesura, preguntándose qué hacía allí aquella criatura ajena a todos ellos y a su mundo.

Y, de repente, la sensación real de que esos ojos existían, de que era observada desde alguna parte, pero con algo más que curiosidad, se hizo tangible en ella. Pudo intuir la presencia de alguien allí, cerca de ella, espiándola…

Se volvió alarmada, inquieta, sintiendo un extraño estremecimiento.

No pudo hacer nada más que eso. Las sombras furtivas, oscuras, cayeron sobre ella repentinamente, tan silenciosas como si fuesen ofidios desprendidos de los árboles. Pero no eran reptiles, sino seres humanos los que se aferraron, sujetándola con fuerza y tapando su

boca para que no gritase.

Fue arrastrada a viva fuerza a través de la espesura, a lo largo de la orilla del río. Era inútil que patease, que forcejeara con aquellos desconocidos. Pudo intuir, más que ver en la oscuridad, que eran hombres musculosos, fuertes, semidesnudos, de piel oscura. Nativos, sin duda.

Se preguntó qué querrían hacerle. La idea de ser violada por aquellos salvajes la aterrorizó. Pero más aún la posibilidad espeluznante de ser sacrificada a algún dios pagano, como en las viejas películas de aventuras.

De momento pareció que no intentaban una cosa ni otra. Se limitaron a llevarla a otro punto de la orilla, donde ésta formaba una especie de herradura arenosa. En ella vislumbró, entre las redas manos de sus captores, la presencia de una canoa varada, pequeña y alargada como las piraguas de los nativos.

Los secuestradores cuchichearon entre sí en una lengua que no alcanzó a identificar, porque los sonidos llegaron a ella muy apagados, del todo inaudibles.

Después, uno de los hombres sacó unas ligaduras y comenzó a atarla sin contemplaciones, de brazos y piernas. Otro la sujetó con fuerza un trozo de tela sobre la boca, anudándolo en su nuca fuertemente.

Una vez hecho esto, la depositaron en la canoa. Las estrellas dieron un suave tono broncíneo a sus piernas, desnudas entre las arrugas de su revuelta bata. Pero le tenía sin cuidado ahora su desnudez ante los ojos de los hombres. Eran otras cuestiones más perentorias y preocupantes las que invadían su asustado cerebro.

Los desconocidos empezaron a fletar la canoa, situándola sobre las aguas. Pero ninguno de ellos daba la impresión de pretender subirse con ella a bordo. Cuando la tuvieron flotando sobre el ríe, se apartaron, quedándose en la orilla. La frágil embarcación se adentró en el agua, arrastrada por la corriente. Su única ocupante, Rossanna, forcejeó tratando de desasirse de sus ligaduras.

Al comprobar que sus movimientos no hacían sino desestabilizar la canoa, poniéndola en situación de zozobrar, se quedó quieta. El recuerdo de la escena rodada el día antes la provocó un escalofrío. Aquello había sido pura ficción, con un cocodrilo de plástico y unos caimanes viejos y desdentados, movidos por un domador de saurios.

Esto podía ser peor, mucho peor. El amazonas estaba infestado de caimanes auténticos, voraces, terroríficos, en la mayor parte de sus márgenes…

La canoa empezaba a deslizarse río abajo, alejándose de la orilla. La mente de Rossanna era una confusa olla de ideas angustiosas. Sueño, nerviosismo, sed, irritación, todo había dejado de significar algo para ella ahora. Sólo sentía una cosa:

¡Pánico!

De pronto, sus ojos se dilataron en la sombra, reflejando con destellos húmedos de llanto el fulgor lejano de las estrellas tropicales. Notaba una creciente sensación fría y húmeda en su carne, bajo su cuerpo. Movió la cabeza con ahínco, para tratar de mirar al fondo de la canoa.

El horror de la situación llegó hasta ella con toda su tremenda lucidez, con su siniestro significado: ¡el fondo de la canoa estaba agrietado, las maderas abiertas para que entrase el agua!

Eso significaba un hundimiento inmediato e inexorable, a medida que la pequeña embarcación se fuese inundando…

Entonces sí forcejeó ya sin reparos, en un vano afán por liberarse. Últimamente, siguiendo la moda, había realizado culturalismo, el archipopular *body building*, cosa que le confería más fuerza física de la habitual en una mujer. Pero eso no servía ahora de gran cosa, dada la firmeza con que habían sido atados los nudos de sus ligaduras, por otro lado tan fuertes como bien sujetas a sus extremidades.

La canoa se inundaba ya con rapidez. El agua cubría sus muslos, su vientre. Emergió el torso, mordiendo el trapo que la amordazaba, en un esfuerzo, cuando menos, por poder gritar, pedir auxilio, aunque mucho temía que en la soledad inmensa de la selva tropical, nadie capaz de prestarla ayuda llegase a oírla.

La canoa volcó. Ya no tenía remedio. Su cuerpo, incapaz de nadar, se hundió, en medio de un remolino de agua. Contuvo la respiración, movió brazos y piernas, pese a las ligaduras, logrando evitar una inmersión fatídica, para lograr emerger unos instantes fuera del agua. Ya no se veía siquiera la canoa, hundida en el Amazonas.

Estaba aún cerca de la orilla. Incluso creyó ver un resplandor leve entre la espesura, como si existiera allí una luz o una fogata.

Pensó que era simple alucinación. Y en su esfuerzo final, exasperado, notó que se aflojaba su mordaza al mojarse, o quizás por el impulso de la inmersión inicial. Pudo abrir los labios.

Y gritó.

Vaya si gritó. Su alarido rasgó la noche callada, calurosa, penetrando hasta las entrañas mismas de la selva amazónica. Aves y animales de todo tipo se agitaron, alarmados, roto su sueño por aquella voz ajena a su mundo, dando una vida confusa y repentina a la espesura.

Pero también algo más produjo un sonido inquietante en la orilla. Rossanna captó un chapoteo repetido, tras unos roces en la arena, siniestros y estremecedores. La imagen de algo que conocía a través del trucaje cinematográfico, le llegó al cerebro con un destello cegador.

¡Cocodrilos!

Sólo que esta vez no eran viejos saurios ahítos de carne y de años, ni de reproducciones de plástico. Eran cocodrilos de verdad, atraídos por su voz, por su presencia en el río…

Aun en la oscuridad nocturna, captó, acaso intuyó, sus desplazamientos veloces a ras del agua, hacia ella. Adivinó su coraza de escamas duras como el metal, sus ojos pequeños y fríos, sus enormes fauces hambrientas, en busca del festín humano…

Gritó otra vez. Uno, dos, tres, cuatro gritos alaridos brotaron desesperados de su garganta, mientras pese a sus esfuerzos se iba hundiendo de nuevo, cada vez más cercanos aquellos monstruosos reptiles.

Esta vez no había cámaras ni focos, trucajes ni engaños. Era la muerte fría, viscosa. La muerte reptante, moviéndose en el agua hacia ella, inexorablemente.

Delante mismo de ella, unas pupilas heladas brillaron a ras del agua. Una boca inmensa, voraz, comenzó a abrirse para engullirla…

* * *

Como en cualquier vieja película convencional, en que la salvación siempre llegaba en el último momento, imitando a los vetustos films en jomadas, el milagro se produjo para Rossanna, la *superstar* de Hollywood enfrentada a la muerte amazónica.

—¡Resista! —gritó alguien en la oscuridad, allá en la orilla.

Y, de repente, comenzaron a ocurrir cosas.

Ladró un rifle ásperamente. Un disparo, dos, tres, cuatro, tal vez una docena, en tamo ella se hundía, pese a la demanda de su inesperado protector. Era fácil pedir resistencia. Pero no tanto ofrecerla, con manos y pies ligados, pensó angustiadamente Rossanna, mientras el cocodrilo más próximo daba un vuelco en el agua, como si fuese el de plástico que ellos usaban, para hundirse enrojeciendo con su sangre las aguas.

Otros cocodrilos fueron alcanzados por el fuego graneado, mientras la voz humana, fuerte y varonil, la alentaba de nuevo:

—¡Valor! ¡Aguante lo que pueda! ¡Voy a por usted!

Luego, un cuerpo hendió las sombras y las aguas. Ya no era el de un saurio, sino el de un ser humano lanzándose temerario al río. Pese a que varios reptiles habían sido alcanzados, Rossanna se preguntó cómo podría desafiar aquel desconocido a los demás animales voraces que se movían aún por la superficie.

Fuese como fuese, llegó hasta ella con fuertes, largas brazadas. La aferró con un brazo poderoso cuando ella ya se hundía sin remedio en el remolino. Tiró de su cuerpo casi exánime, mientras con el otro brazo nadaba con energía, de regreso a tierra.

Sorprendentemente, los caimanes se movían en círculo en torno a ellos, como los tiburones, pero sin aproximarse de forma peligrosa. Logró respirar, tragar aire, en tanto procuraba no oponer ninguna resistencia que dificultara el esfuerzo titánico de su salvador.

La llevó a tierra firme. La luz que creyera ver parpadear en la espesura, brilló ante ella con tonalidades rojizas. Existía, no era una alucinación. Y parecía ser una fogata.

—Ya estamos —dijo la voz roncamente, depositándola en la arena—. Todo pasó.

Eso de que «todo pasó», le pareció demasiado optimista. Dos saurios aparecieron de entre la espesura, reptando hacia ellos sobre la arena, mientras algunos de los que se lanzaran al agua, ilesos tras los disparos, regresaban igualmente a tierra. Los ojos de Rossanna se abrieron como platos.

—¡Dios mío, mire eso! —gimió—. ¡Nos van a devorar a los dos!

—No lo crea —dijo una voz calmosa, casi con tono risueño—. Esos bribones me conocen bien.

Y ante su asombro, desenfundó un cuchillo. El acero brilló a la luz de las estrellas, en manos del hombre de quien sólo le era posible captar su silueta. Se lanzó sobre el cocodrilo más cercano. Un abrazo mortal rápido, fulminante, un brazo que se alzaba repetidas veces… y la sangre corrió por la arena. El saurio se revolcó, acuchillado mortalmente.

Otro cocodrilo, astutamente, se encaminaba hacia ella, dispuesto a aprovechar la pelea para tomar su bocado. El luchador dejó a su malherido enemigo para revolverse como una centella contra el nuevo adversario. Se le cruzó, sin inmutarse por las fauces que abría el anfibio.

Le arrojó el cuchillo al fondo de su garganta, con fuerte impulso. El animal cerró las fauces, con un extraño sonido, al sentir el acero clavándose en su interior hasta la empuñadura.

Pero no por eso el extraño, fantástico luchador se quedó inerme ante los dos o tres saurios regresados del río. De su cintura, desenfundó un arma automática que comenzó a disparar implacablemente sobre las cabezas de los animales. Rossanna no era muy experta en armas de fuego, pero creyó que aquélla era una «*Parabellum*» calibre 45.

Las balas reventaron los ojos de dos de los caimanes, dejándoles ciegos totalmente. El tercero, prudentemente, dio media vuelta, hundiéndose sigiloso en la espesura.

Y el silencio se hizo en la orilla, tras la insólita pelea.

Un silencio que sólo rompió el resoplido del hombre misterioso.

—¡Uf! Ahora sí que hemos terminado. Suelen ser muy latos. Cuando ven malparado el asunto, suelen retirarse prudentemente. Ya no tiene nada que temer, jovencita.

Le molestó que la llamaran así. No porque no fuese •oven, sino porque ella ni siquiera sabía si su salvador era oven o viejo, aunque a juzgar por su vigor, agilidad y rapacidad de lucha, debía de ser una especie de titán.

Unas manos fuertes, rudas, desataron sus cuerdas del modo más expeditivo. Un segundo cuchillo emergió entre los dedos de su salvador, cortando las ligaduras con dos tajos.

—¿Cuántas armas acostumbra a llevar encima? —preguntó la actriz con un hilo de voz.

—Las necesarias —fue la respuesta—. Un par de cuchillos, una

pistola, un rifle y un látigo. Suele bastar para sobrevivir en estos parajes. Ahora, venga conmigo.

Y sin encomendarse a Dios ni al diablo, tiró de ella sin levantarla del suelo, como si fuese un fardo, arrastrándola hasta la vecindad de la fogata. Iba empapada, aterida pese al calor reinante, más por el miedo sufrido que por el frío del agua del Amazonas, y la sensación de calor de la fogata hecha en un claro, la alivió bastante.

Miró a su protector. Y por primera vez pudo ver cómo era.

Se quedó de una pieza. No por los flexibles, poderosos músculos que palpitaban como fibras vitales bajo una piel de bronce vivo, que eran de imaginar en persona tan vigorosa. No por sus ropas de cazador, propias de un hombre en safari, su pantalón corto, sus botas o su sombrero con una banda de piel de cocodrilo, que ni siquiera había perdido al arrojarse al río y pelear con los saurios.

Todo eso era secundario. El rostro del misterioso individuo es lo que la dejó pasmada.

Se encontró ante una mirada profunda, vivaz, cuajada de malicia e ironía, jovial y a la vez penetrante, de un brillante color verde jaspeado oscuro. Un pelo rubio, rebelde, facciones enjutas, boca prieta, nariz recta, sonrisa fácil aunque burlona y casi sarcástica. El agua parecía resbalar sobre su epidermis como si ésta fuese goma o metal.

—¿Le gusto? —preguntó él suavemente, enfundando su cuchillo y reponiendo en la pistola automática un cargador completo que extrajo de una mochila situada cerca de la fogata.

—No pensaba en eso ahora —resopló ella, cansada, recuperando fuerzas—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Duncan Dandi. Acostumbran a llamarme «Cocodrilo» Dandi.

—¿«Cocodrilo» Dandi? Entiendo. No voy a preguntarle por qué se lo llaman. Me lo figuro…

—A lo mejor se equivoca. Soy cazador de cocodrilos. Tienen buen precio en el mercado de Manaos. Y mejor aún en Macapá o Belem. Esas feas criaturas son mi medio de vida. No simpatizamos entre nosotros ellas y yo, pero tampoco suelen atacarme, tal vez porque me conocen bien. A usted, evidentemente, no la conocían tanto. Estuvo a punto de ser su festín esta noche, jovencita.

Otra vez aquella odiosa palabra… Trató de que no volviera a

pronunciarla.

—Me llamo Rossanna —dijo.

—¿Sólo eso? ¿Rossanna, nada más? —indagó él con cierta indiferencia.

—Sólo eso —le miró, desafiante—. ¿Le parece poco? Sólo Rossanna. Es suficiente. Es todo, ¿entiende? Soy la misma Rossanna que usted conoce, sí. La que ha oído nombrar mil veces. La Rossanna esa que usted se está preguntando si puedo ser yo…

Dandy la miró con gesto inexpresivo. Parecía entender tanto como si ella se expresara en chino o en árabe.

—Lo siento, pero no conozco a ninguna Rossanna —confesó al fin—. Ni la he oído nombrar nunca. No me pregunto si es o no es, porque no sé quién es.

—Oh, no es posible. Veo que no entiende —se logró sentar en tierra, frotándose el cuerpo mojado, pero procurando cubrirse con su bata empapada, al ver la mirada verde del hombre repentinamente fija en sus pechos—. Yo soy Rossanna, ¿entiende? La única, la auténtica, la original, legítima Rossanna. *Ros-san-na*, ¿lo ve ahora?

—Pues… no —declaró con deliciosa ingenuidad Dandi; ingenuidad que a ella la sentó como un tiro—. Quisiera entenderla, palabra. Pero no lo consigo.

—¡Basta ya, por todos los diablos! —La auténtica Rossanna salió al fin a flote—. ¡Soy la más famosa figura del cine actual, la mejor cantante de *rock* del mundo! ¿Ya sabe quién soy, finalmente?

Dandy meneó la cabeza… negativamente. Su sonrisa fue indulgente.

—Ande, descanse. Le daré un café para confortarla un poco. Me tiene sin cuidado quien sea, lo importante es que está a salvo, jovencita. No me gusta el cine. Y detesto el *rock*. Me va mejor la música clásica. Además, llevo varios años metido en estos parajes. En Manaos hay varios cines, pero no suelo frecuentarlos. Cuando visito la ciudad me van mejor las tabernas y las casas de… —carraspeó—. Bueno, mejor no explicarle eso, porque sospecho que no iba a gustarle.

Le dio un pote con café caliente. Rossanna lo bebió con avidez. Por encima del borde de lata abollada, miraba con asombro, casi con incredulidad, a su musculoso salvador. Era increíble. No podía

concebir que alguien en el mundo nunca hubiera oído hablar de Rossanna. Que no le gustara el cine. Ni el *rock*… Se preguntó si aquel tipo pertenecía realmente a este mundo.

—¿Quiere decir… quiere decir que se pasa aquí años enteros, cazando cocodrilos? —preguntó en una pausa, dejando de tomar café.

—Eso es —sonrió él, removiendo las brasas—. Y ahora dígame, ¿qué le pasó para estar en medio del río, atada y amordazada?

Se lo contó con rapidez. Dandi la escuchó en silencio, sentado en cuclillas en tierra. Con aquella postura, los músculos de sus poderosos muslos eran como masas retorcidas, rodeadas de tendones como cables de acero. Y pese a todo ello, era un hombre enjuto, delgado, de gran esbeltez.

—Es extraño —dijo al fin por todo comentario, moviendo la cabeza.

—¿Extraño? ¿Qué es lo que encuentra extraño? ¿Acaso no me cree? —Se molestó ella.

—Claro que la creo, ¿qué iba a hacer, si no, metida en el río en esas condiciones? No creo que lo hiciera para rodar una escena de una de sus películas… Pero los nativos de por aquí suelen ser gente pacífica, amistosa. Ni siquiera a la gente del cine serían capaces de hacerle daño.

Aquel comentario le pareció a Rossanna cáustico para venir de labios de un hombre que decía no saber nada de películas, pero optó por ignorarlo.

—Pues los que me atacaron tenían la piel oscura, caminaban descalzos. Sin duda eran indios de esta región.

—Quizás —admitió él dubitativo—. Siempre hay cizaña incluso en el mejor jardín… Pero aun así, es raro. Muy raro. ¿Les oyó hablar en algún lenguaje concreto?

—No. Hablaron entre sí, pero en tono muy bajo. No pude saber si hablaban portugués, inglés u otro idioma cualquiera.

—Comprendo. ¿Y qué piensa hacer ahora?

—Regresar a mi campamento, por supuesto —miró medrosa en torno, arrebujándose en su bata—. Vamos, si es posible. No me arriesgaría sola por esta selva…

—Pues no lo haga. Espere a mañana. Cuando claree la llevaré a su campamento.

—¿Sabe dónde está?

—¿Cómo no voy a saberlo? Les vi esta tarde, rodando en el río. Era para morirse de risa. ¿Cree que aquel tipo que disparaba sobre los caimanes viejos y el de plástico, sobreviviría ante un simple lagarto? La escena no tenía sentido. De ser así en la realidad, los cocodrilos se la debieran comido sin remedio. Ellos no se asustan porque caigan unas pocas balas cerca. Necesitan quedar en inferioridad, ver morir a varios de ellos, para recapacitar sobre la conveniencia de marcharse. Sus compañeros, permítame que se lo diga, no tienen ni idea. Tal vez por eso no me gusta el cine. Todo es mentira en él. Y mentira mal hecha, además.

—Escuche, Dandi, por muy agradecida que le esté por haberme salvado esta noche, le voy a decir en su cara que es usted un… —comenzó airada Rossanna, sintiéndose ofendida por el comentario del cazador de cocodrilos, poniéndose en pie de un salto.

En este momento, una alimaña se agitó en la espesura, emitiendo un graznido sibilante y horrible.

Atemorizada, la joven se precipitó en brazos de «Cocodrilo» Dandi, al que se abrazó frenética, mirando en torno con auténtico pavor.

El se echó a reír, sujetándola con firmeza entre sus rudos brazos.

—No tema. Es un pequeño animal inofensivo pero chillón. No le pasará nada aquí.

Ella le miró de cerca. Era guapo aquel hombre, pensó. Guapo y varonil. Tan atractivo, tan diferente al engomado y afectado Peter Graham haciendo el papel de héroe de pacotilla, tan radicalmente distinto al hombre que ella conociera como marido, al insufrible y odioso Jim Gillings.

Tenía los labios entreabiertos. Se los ofreció a él en una muda invitación que jamás había formulado antes a nadie, desde que era la famosa, la única Rossanna en el *show business* de Hollywood.

Sabía lo que vendría ahora. El la apretaría contra sí, estrujaría sus pechos contra el torso varonil, cuajado de músculos, besaría su boca, la mordería incluso, en un arrebato de pasión propio de un hombre que llevaba años enteros en la jungla, solitario…

Y ella se dejaría manejar, se entregaría a su apuesto, arrogante protector, como la perfecta heroína de película tras la escena de peligro. Sólo faltaba la música de fondo para subrayar la escena…

Rossanna cerró los ojos esperando el beso.

Pero las cosas no fueron como en un guión. «Cocodrilo» Dandi la apartó con suave firmeza de sí, sonriente, con indiferencia.

—Debe dormir —dijo—. Es tarde. Acostumbro a despertar con el alba. Entonces la llevaré al campamento para que sus compañeros no se alarmen demasiado. Vamos, duerma.

Se mordió ella el labio, furiosa. Le miró colérica, dispuesta a echarle encima un chaparrón de insultos. Pero se contuvo a tiempo. La mirada verde profunda, fija en ella, la desarmó. Había en aquel rostro varonil una mezcla increíble de ingenuidad y astucia, de dulzura y de arrogancia, que lograban desarmarla.

—Sí —murmuró, dominándose como buenamente rudo, cosa harto difícil en ella—. Sí, tiene razón, Dandi. Debo dormir… si es que puedo conciliar el sueño.

—Lo conciliará —sonrió él—. Está agotada. Es el mejor remedio para dormir, créame.

Le tendía una manta, que ella utilizó como lecho, rapándose con una parte de la misma. *Dandy* se acostó en otra, lo bastante cerca como para hacerla sentir tranquila de cara a cualquier otro peligro. Pero también lo bastante lejos como para impedirle pensar en otra intentona de seducción.

—Buenas noches —dijo, todavía irritada.

—Buenas noches, jovencita —fue la odiosa respuesta.

Pero Rossanna se quedó profundamente dormida. Durmió como hacía meses que no dormía, tal y como dijera «Cocodrilo» Dandi, su nuevo y extraño amigo.

CAPÍTULO III

EL PROFESIONAL

—Todos estamos sumamente agradecidos, señor Dandi. Ha salvado no sólo a un ser humano en peligro, sino también a una «estrella» que reporta millones de dólares a la productora que la tiene en exclusiva.

Estas palabras de Jonathan Goodwin, el director cinematográfico, parecieron dejar realmente perplejo al que recibía semejante homenaje por su proeza.

—Supongo que todo ser humano tiene el mismo valor, al margen de lo que de a ganar o no a su empresa —replicó con sequedad, estrechando fríamente la mano del realizador—. No creo que hubiese obrado de otro modo sabiendo quién era ella. Para mí, se trataba solamente de una persona en peligro. Una mujer, concretamente. Eso era suficiente para intervenir.

—Con riesgo de su vida, por añadidura —dijo enfáticamente Rocco dándole un palmetazo en la espalda que hizo fruncir el ceño a Duncan Dandi. Dios, si esa escena hubiera podido filmarse… Hubiera sido la pieza cumbre de nuestra película.

—Por desgracia, eso no era posible —le replicó Goodwin—. De todos modos, tal vez el señor Dandi nos haga el favor inmenso de poder reproducir para nuestras cámaras la batalla con los cocodrilos. Incluso podría representarla, haciendo de «doble» de Peter Graham.

—¿Yo, actor de cine? —«Cocodrilo» Dandi se echo a reír de buena gana—. Cielos, ni lo piensen. Yo soy un profesional en mi trabajo, pero no sería capaz de hacer nada para una película, se lo

aseguro.

—Profesional… Eso es lo que quiero yo —dijo Goodwin satisfecho—. ¿Sabe cómo llamamos en el mundo del cine a los que doblan las escenas peligrosas o acrobáticas? Exactamente eso: «profesionales». Usted sería el mejor para escenas de ese género, no me cabe duda. Y significaría para usted un buen contrato, ganaría diez o veinte veces más que cazando cocodrilos de verdad en estas selvas…

—Me gusta cazar. Y me gusta la selva —dijo calmoso Dandi. Además, ganó lo suficiente para vivir con mis pieles de cocodrilo en el mercado de Manaos. Gracias, de todos modos. Pero rechazo su oferta.

—¿Incluso con un contrato de cien o doscientos mil dólares? —insistió Rocco.

—Incluso con eso —sonrió «Cocodrilo» suavemente—. Ahora, discúlpeme. Debo volver a mi tarea. Ya traje aquí a la señorita, que es de lo que se trataba. Y en lo sucesivo, extremen las precauciones.

—Así lo haremos —aseguró Rocco, que como hermano de la «estrella» y manager ejecutivo de la misma, se consideraba alguien importante dentro del entramado de la *International*, sin que nadie se atreviera a contradecirle, por miedo a disgustar a su ilustre hermanita—. Pondremos vigilancia cada noche en el campamento. Ya se sabe que con esos salvajes que merodean por estas comarcas, toda precaución es poca.

—¿Salvajes? —Dandi frunció el ceño, pensativo. Se encogió de hombros—. Sí, puede… En fin, yo les dejo.

—¡Ah, no, no puede hacerme esto ahora! —protestó vivamente Rossanna sujetándole por uno de sus musculosos brazos, que la corta camisa del cazador dejaba al desnudo—. Se quedará al menos a almorzar conmigo. No puede negarme ese deseo, Dandi…

—Está bien. Pero sólo almorzar —avisó él—. Luego me marcharé, jovencita.

Rossanna sonrió. No tomó en cuenta esta vez el término que tanto la irritaba, porque en su mente se cocía ya un plan para seducir de alguna forma a aquel atractivo macho de la especie. Y acababa de ganar su primera escaramuza.

Aquel mediodía, tras presenciar con una sonrisa irónica en sus labios, el rodaje de algunas escenas de la película, «Cocodrilo»

Dandi pasó a la *roulotte* de ella, donde Brenda había hecho disponer ya una buena mesa, con alimentos bien escogidos, excelente vino e inmejorable *brandy*, aparte una botella de champaña *Don Perignon* reclamada insistentemente por la «estrella» para su invitación al hombre a quien debía la vida.

La comida transcurrió por cauces inmejorables para sus planes. Dandi era un hombre de pocas palabras, pero el vino abundante fue despertando en él cierta locuacidad, puso un leve rubor en sus broncíneas mejillas y animó la luz burlona de sus ojos verdes.

—Usted no parece brasileño en absoluto —comentó Rossanna en el transcurso del almuerzo.

—Cielos, no. No lo soy. Vivo aquí hace años. Pero nací en Irlanda. Dice un refrán de mi tierra que los irlandeses somos como el propio Dios.

—¿Por qué?

—Porque estamos en todas partes. Vaya donde vaya, verá siempre a un irlandés.

Rossanna se echó a reír. Cambió el vino por champaña. Las burbujas animaron más aún a Dandi, quien se extendió en su conversación, escuchado atentamente por la joven actriz:

—En Manaos anda mal el mercado de pieles de cocodrilo últimamente —señaló Dandi—. Hay desaprensivos que han cazado saurios en exceso, poniendo en peligro la especie. Eso también ha bajado los precios de la mercancía. Sólo un comerciante en todo Minaos se porta honradamente al pagar la piel. Los demás son unos bribones con quienes no quiero tratos… Mi amigo Joao Coutinho es el único honesto. Cuando él falte, dada su avanzada edad, seguramente me iré a otra ciudad a vender mi mercancía…

Asentía ella a todo, como si le entusiasmara el tema, aunque maldita la gracia que le hacía hablar u oír hablar de cocodrilos, tras su experiencia de la noche anterior. Su mano se había alargado de forma casi inapreciable, apoyándose en el brazo de Dandi. Acarició sus músculos suavemente, con mirada tierna, llenando de nuevo las copas.

—Brindemos. Por los dos, Dandi —dijo con su voz más seductora, más ronroneante y cálida—. Por el más valeroso cazador del mundo. Y por la «estrella» más famosa del momento… Por nuestro futuro.

—Por nuestro futuro, jovencita —respondió él alzando su copa.

Chocaron los vidrios. Luego vaciaron el champaña. La joven aprovechó para llevar su mano acariciadora al pecho de él, recorriendo voluptuosamente sus músculos torácicos bajo la camisa abierta.

—Me gustas, Duncan —dijo con repentina familiaridad, la voz ronca, los ojos entornados, al tiempo que humedecía sus labios con la punta de la lengua, invitadora—. Me gustas mucho… ¿Yo no te gusto a ti?

—A mí me gustan todas las mujeres —sonrió él—. Eres bonita, la verdad.

—Entonces, ¿a qué esperas? —Se incorporó lentamente, fue hacía él, sentándose en sus rodillas, acercando e rostro al del cazador—. Bésame… Bésame, Duncan… hazme tuya, si así lo deseas… Estoy loca por ti. Y ningún hombre podrá decir en el mundo que Rossanna esté loca por él…

Acercó la boca húmeda a la de Kelly. Buscó su lengua para morderla, en tanto sus caricias descendían desde su pecho a las piernas de él, insinuante, atrevidas…

«Cocodrilo» la apartó de pronto, con brusquedad. La miró, sin señal de embriaguez alguna en su rostro.

—Obras como las putas de Manaos —dijo brutalmente—. No sabía que las «estrellas» del cine tuvieran los mismos recursos para acostarse con un hombre…

Rossanna enrojeció hasta la raíz de sus teñidos cabellos, como si la hubieran golpeado con violencia. Sus ojos se dilataron, entre asombrados y furiosos.

Se apartó de él, le abofeteó dos veces, rabiosa.

—¡Grosero! ¡Miserable! —gritó—. ¿Quién te ha enseñado educación, sucio irlandés?

—Seguramente el mismo que a ti te enseñó a hacer el amor, jovencita —suspiró él poniéndose en pie. La miró, meneando la cabeza—. Lástima, pensaba que eras distinta. Debí pensar que no encontraría nada bueno entre a gente del cine…

—¡Vete! ¡Vete de aquí, patán! —clamó Rossanna, ahogada la voz por la ira, con lágrimas en los ojos—. Me tas asco, me repugnas, me… me… ¡Fuera, fuera!

Y le arrojó la botella de champaña, que se estrelló en la pared de

la *roulotte*, tras ser esquivada hábilmente por Dandi, quién sonrió, sacudiendo la cabeza de nuevo.

—Ya me voy —dijo—. Lo siento. No quise enfurecerte así, jovencita…

—¡Fueraaaaaaa! —El alarido de Rossanna fue acompañado esta vez por la fuente de frutas, que voló por encima de Duncan Dandi, para hacerse añicos contra la pared de la caravana, un segundo antes de que está se abriera para salir él.

El cazador de caimanes salió al exterior, llevando como escolta dos platos y una copa. Numerosos curiosos del campamento cinematográfico, contemplaron su salida, no demasiado asombrados por la reacción agresiva de su «estrella».

—Tenía que ocurrir —se lamentó Peter Graham, riendo divertido—. Le está bien empleado a esa cursi, por relacionarse con palurdos…

Haciendo un cortés saludo a todos, Duncan Dandi recogió su mochila, su rifle y el rollo de sus mantas, alejándose hacia la espesa jungla que rodeaba el claro.

—Adiós posibilidad de contar con todo un profesional para mis escenas de acción —se lamentó Jonathan Goodwin—. Con Rossanna por medio, debí imaginarlo, maldita sea…

* * *

Lothar Khan releyó el telegrama con aire displicente, dejándolo caer sobre su suntuosa mesa de despacho.

—Vuelven desde Brasil esta semana —explicó—. Rossanna con ellos…

El hombre sentado frente a él se removió inquieto en su asiento antes de responder a esas palabras.

—De modo que es verdad. Falló el intento…

Lothar Khan se limitó a mirarle con cierto desprecie paseando luego en silencio por la amplia, encristalada estancia asomada a la mejor zona residencial de Malibu al norte de Los Ángeles, con vistas a Bahía de Santa Mónica.

—Tenía que fallar —comentó secamente—. La idea fue suya, Gillings, no mía.

—¡Era un buen plan! Los nativos contratados, la canoa rota, los cocodrilos… Tenía que funcionar.

—Pero no funcionó, amigo mío —dijo suavemente e hombre del turbante plateado, deteniéndose ante la vidriera del ventanal, como si le fascinara aquel paisaje que tantas veces contemplaba al cabo del día. Cruzó sus manos a la espalda—. No funcionó, pese a ser tan bueno. Su ex esposa sigue con vida, como antes.

—No es mi ex-esposa. Aún no ha sido concedió oficialmente el divorcio. Legalmente somos marido mujer, Khan.

—Pero eso durará poco —sonrió el hombre volviéndose lentamente hacia él—. Y usted lo sabe.

—Oh, claro. Y entonces, su entidad benefactora será la beneficiaría de su testamento, estúpidamente cambiad en estos últimos meses —dijo James Gillings con tono ácido.

—Mi querido amigo, ha sido voluntad de ella dona su fortuna, en caso de muerte, a la Obra —declaró suavemente el caballero de impecable traje blanco, tez color ceniza y profundos ojos negros—. El movimiento Benéfico Mundial por la Ecología y la Paz ha cautivado su espíritu hasta ese punto. Nadie puede evitarlo.

—Pero usted no le interesa que ella muera violentamente siendo su Obra la heredera absoluta. Haría sospechar a la policía —señaló Gillings con aspereza—. Por eso prefiere que lo que sea le ocurra ahora, cuando yo soy su heredero legal.

—Eso es bien cierto, amigo mío. A la Obra no le sería nada beneficioso la más leve sospecha. Rossanna es demasiado famosa para arriesgarnos. En cambio, siendo usted su heredero, nosotros quedamos al margen de todo, limpios de sospecha, puesto que oficialmente no percibimos un centavo si ella muere siendo aún su esposa… El dinero iría a parar a usted en su totalidad.

—Cosa que sólo ambos sabemos que es falsa, porque no percibiría sólo un veinte por ciento de esta herencia, y ustedes se quedarían con el resto.

—Es nuestro pacto de caballeros, a fin de cuentas —declaró suavemente Khan—. Firmado y sellado en un documento por usted mismo, en el que, en nombre de la memoria de su difunta y amada esposa, hace a esta Obra un donativo del ochenta por ciento de su herencia. Tal magnanimidad, por su parte, le dejará también al margen de posibles sospechas, y más estando a miles de millas del lugar donde su amada esposa sea víctima del desgraciado atentado que acabe con su vida, achacable a cualquier circunstancia de su

azarosa existencia de actriz en rodajes arriesgados…

—Le falta añadir el resto: no tengo otro remedio que cederle ese ochenta por ciento, a cambio de su silencio respecto a mí persona y actividades en otros asuntos.

—Exacto. Entre ellos, su sociedad secreta con cierta persona que droga progresivamente a mi esposa, mientras la utiliza para el tráfico de cierta mercancía sumamente valiosa para todos nosotros…

—Ni la mercancía ni nada de lo demás vale gran cosa, al lado de su fortuna personal, Khan. Además, ese contrabando podría descubrirse cualquier día.

—Pero aún no se ha descubierto. Si su socio secreto sospechara de su doble juego, queriendo deshacerse de la mujer que tan útil le es para su tráfico ilegal, usted se vería en serios problemas. Nuestro silencio ante ese socio y ante la propia Ley, amigo Gillings, tiene su precio. Pero no debe preocuparse. Ese veinte por ciento de herencia supone más de veinte millones de dólares. Es suficiente dinero para vivir como un rey, incluso para una persona tan malgastadora y alocada como usted.

—Pero recuerde, Khan: todos nuestros planes se han ido al traste. Mi mujer sigue viva. Regresa a Los Ángeles dentro de cinco o seis días. Y en menos de un mes, nuestro matrimonio será declarado roto por un juez. Entonces, automáticamente, entra en vigor su testamento último, a beneficio de la Obra…

—Cosa que a ninguno nos interesa —se sentó de nuevo Lothar Khan, entrelazando lentamente los largos dedos de sus oscuras manos con gesto meditativo—. Por tanto, habrá que organizar otra clase de… «accidente», para terminar con la vida de la gran «estrella» del cine y la canción…

—¿Dónde? ¿Aquí, en Los Ángeles? —se alarmó Gillings.

—¿Por qué no? Es un sitio tan bueno como cualquier otro. Usted deberá ausentarse, lo más lejos posible, para tener su coartada. Pero ahora me ocuparé personalmente del asunto, quede eso bien claro. El plan sería mío. La ejecución del mismo, también. Donde se encuentre, tendrá noticias de la lamentable, trágica muerte de Rossanna, la dulce italianita de Brooklyn que de soltera se llamó Rosa Angelí, de casada Rossanna Gillings, y como «estrella» del cine y del disco, simplemente Rossanna…

Una risa suave, astuta y maliciosa, brotó de los carnosos, crueles labios de Lothar Khan, el dirigente benefactor a quien Rossanna consideraba como «un santo varón» y un «protector de la Humanidad»…

CAPÍTULO IV

CAMBIO DE ESCENARIO

«Cocodrilo» Dandi contempló las luces de las calles con aire distraído, el rifle sobre el hombro, cargado con sus útiles y sus pieles ya atadas y empaquetadas adecuadamente.

Pasó ante la taberna de *Dutch* Swaizer y ante el lupanar de Mamá Rodrigues, haciéndosele la boca agua al pensar en un buen trago y en una buena mujer. Habría tiempo para todo cuando hubiese vendido a Joao Coutinho sus pieles en aquel viaje. Como siempre, cuando abandonara Manaos le quedaría poco dinero en los bolsillos, pero habría satisfecho todos sus deseos.

Al fin vislumbró en la distancia la tienda de Coutinho, con su heterogénea mercancía en el porche de madera, a la puerta del establecimiento regentado por el viejo comerciante de Manaos, con quien mantenía una larga amistad.

Aceleró el paso, llegando hasta el porche. Una vez allí, descargó su fardo de pieles de cocodrilo, disponiéndose a entrar. Como de costumbre, su vozarrón avisó al comerciante de su llegada:

—¡Aquí estoy, viejo bastardo, hijo de una zorra asquerosa, para enriquecer un poco más tu bolsa de avaro bribón!

Ésos eran los términos más cariñosos que solía utilizar con Joao desde tiempo inmemorial, y al viejo brasileño de color todo eso le hacía reír a mandíbula batiente.

Pero esta vez no fue igual. En vez de risas, brotó de la tienda un grito ronco, desgarrado, mezclado con sonido áspero de golpes:

—¡Socorro, Dandi, viejo amigo! ¡Ayúdame, por el amor de Dios…!

Luego, sonó un estremecedor chirrido, y la voz de Coutinho se hizo espasmo, estertor, sonido agónico, que logró helar la sangre en las venas incluso a un tipo como «Cocodrilo» Dandi.

—¡Joao! —rugió, precipitándose dentro del establecimiento sin vacilar—. ¿Qué te ocurre, camarada?

Nadie le respondió. Pero apenas puso el pie en el oscuro interior del local, algo silbó junto a su oído izquierdo, pasando raudo como una centella cerca de su rostro, de tal modo que zumbó al rasgar el tejido del ala de su sombrero. Luego, el objeto cortante se hincó con una seca vibración en la jamba de la puerta, junto a él.

Miró de soslayo el respetable cuchillo hincado en la madera, cuya hoja de acero aún temblaba. Por poco no le había llevado por delante la oreja o algo peor.

Un trío de fugaces sombras humanas se movía entre las penumbras y los fardos del negocio, allá al fondo. Ninguna correspondía a la obesa, pesada humanidad y blanca melena del bueno de Joao Coutinho. Eran figuras ágiles, silenciosas, de movimientos rápidos y precisos que el comerciante jamás hubiera podido llevar a cabo con sus más de doscientas libras de peso.

—¡Malditos bastardos! —jadeó «Cocodrilo» Dandi llevando la mano a su pistola automática con rapidez, sin arrugarse ante los nada alentadores síntomas que se respiraban dentro del negocio del brasileño.

Apretó el gatillo sin contemplaciones cuando una de las sombras del fondo alzó un brazo, esgrimiendo algo tan afilado y centelleante como el anterior objeto lanzado sobre su persona. Iban a repetir la suerte, y esta vez podían tener mucha más fortuna y acierto, porque lo evidente es que no se trataba de novatos en esas cuestiones.

Dandi tuvo la satisfacción de ver tambalearse aquella sombra, mientras un objeto metálico caía de su mano y un grito ronco de dolor escapaba de aquella garganta.

Pero era un solo enemigo. Quedaban dos todavía. Y se habían agazapado en las sombras, mientras su compinche se desplomaba, alcanzado por la bala del cazador.

—Hijos de perra, os haré trizas a todos si habéis hecho daño a Joao, como me temo —silabeó Dandi hablando consigo mismo, costumbre muy habitual en él en los momentos de excitación.

Se movió con cautela por la tienda oscura. Derribó una pila de

pieles de animales salvajes y después un saco de café en grano, que se desparramó por todo el suelo, ruidosamente.

Pero eso fue sumamente favorable para él, porque a su derecha, algo hizo crujir los granos, alertándole. Sólo unos pies, pisando ese grano, podían producir el sonido. Y *Dandy* reaccionó, revolviéndose contra otro silencioso, elástico individuo de tez oscura, que saltaba ya sobre él, empuñando una hoz cuya hoja curva despedía un centelleo siniestro.

El agresor podía haberle rebanado fácilmente el cuello de no ser apercibido a tiempo. Pero Duncan Dandi estaba ahora frente a frente con su enemigo, y pudo apretar dos veces el gatillo de su arma, clavándole sendos balazos a bocajarro cuando el individuo aún andaba por los aires en pleno salto.

De la boca de éste brotó una especie de alarido animal al recibir el doble impacto en el pecho, reventándole los pulmones y el corazón casi a quemarropa. Cayó fulminado a los pies de «Cocodrilo», sin haber llegado a soltar la hoz de sus dedos.

—Queda uno —musitó Dandi cauteloso—. ¿Dónde diablos se habrá metido el cerdo?

Agazapado, se movió entre los bultos y mercancías de la tienda, sin hacer ruido alguno. Sabía que el último adversario estaba allí, en alguna parte, y que no renunciaba a la lucha. Era cuestión de astucia o de habilidad que uno u otro ganase la partida en estos momentos.

Inicialmente, Dandi perdió tan importante baza. Porque de repente, una forma humana cayó de las alturas como llovida no del cielo, sino del sucio, ahumado techo del establecimiento de Joao. El impacto de ambos cuerpos hizo que la «*Parabellum*» volara de su mano, rebotando lejos de su alcance, por entre los granos de café que ahora ambos estrujaban con su peso, enroscados en dura lucha cuerpo a cuerpo.

Su agresor empuñaba un respetable machete de los de cortar maleza en la jungla, no muy largo, pero sí ancho y de doble filo. «Cocodrilo» pensó que aquella gente le gustaba más el arma blanca, la muerte silenciosa, que el producir ruido alguno.

Se las había con un tipo tan fuerte como elástico. Pronto comprobó que la lucha iba a ser dura. Rodaron por tierra, dando vuelcos constantes, forcejeando, sujetándose mutuamente las

muñecas, hincándose rodillas, o codos para dañarse mutuamente en una pugna feroz, casi salvaje. Los jadeos del otro apestaban a alcohol barato.

Dandi logró evitar por dos veces que el machete se clavara en su carne, logrando doblar la muñeca de su contrario, pero sin poder desarmarle. Derribaron en su pelea una estantería repleta de botellas y un barril repleto de alubias.

Por fin, Dandi quedó debajo del agresor, en uno de los vuelcos, y éste aprovechó para clavarle dolorosamente la rodilla en el vientre, mientras soltaba su mano al engancharse la manga del cazador en un clavo del mostrador.

El machete se alzó en vilo, sobre su cuerpo, presto a desplomarse sobre él, atravesándole de parte a parte. Dandi supo que en ese fugaz instante se jugaba la vida.

Logró disparar sus piernas como resortes, poniendo en la acción toda su fuerza posible. Ambos pies se estrellaron contra las ingles y el abdomen del agresor, lanzándole violentamente atrás. El individuo exhaló un gruñido ronco de rabia.

Dandi se incorporó de inmediato, desenfundando uno de sus temibles cuchillos de caza saurios. El otro, cobardemente, escapó a todo correr, camino de la salida, dando por acabada la contienda.

«Cocodrilo» no era de su misma opinión. No le gustaba perdonar a un adversario cuando éste pertenecía la especie de los asesinos. Le arrojó con toda potencia el cuchillo.

El fugitivo se detuvo en seco, quedándose clavado contra el quicio de la puerta de salida. Era grotesco su aspecto, colgando de la entrada, sujeto a la madera por la hoja de acero que, tras atravesar limpiamente su cuello, se había clavado en la pared, dejándole allí ensartado, sujeto como una mercancía más, debatiéndose en una exasperada agonía. Sus piernas y brazos se agitaban espasmódicamente.

—Y tres —recitó monótono Dandi, con un resoplido—. Creo que no quedan más bastardos miserables por aquí… Veamos ahora qué ha sido del pobre Coutinho…

Lo encontró tras el mostrador. No se podía hacer nada por él ya. Su pesada humanidad reposaba en el suelo, boca arriba. Varias armas blancas se habían clavado en su pecho y cuello, causándole la muerte. La caja registradora estaba abierta, dinero suelto por los

suelos…

—Mi pobre amigo, descansa en paz —murmuró cerrándole los párpados piadosamente—. Y todo por un puñado de cruzeiros, por robarte tu miserable caja… Esos ganapanes desgraciados ignoraban dónde escondías tú el dinero… como lo ignoro yo.

Meneó la cabeza, persignándose como buen católico irlandés que era. No lamentó haber acabado con los tres asaltantes.

—Me han quitado un amigo —se lamentó—. Y un comprador honrado. ¿A quién diablos venderé yo mis pieles ahora en esta infecta ciudad llena de comerciantes ladrones?

Las vendió, ciertamente, cosa de media hora después, pero a un precio infinitamente más bajo que el que le hubiera pagado Coutinho. Contó el escaso beneficio al salir del establecimiento, y meneó la cabeza, desalentado.

—Esto sólo me dará para una buena juerga, y un poco más —se encogió de hombros, mirando alrededor, a las luces de la capital del Estado de Amazonas, y caminó hacia el cercano puerto fluvial, el más importante de la región, dada la confluencia de los ríos Negro y Amazonas en aquel punto.

Poco después, Duncan Dandi olvidaba sus penas ante unos tragos de licor y en brazos de tres mujeres mestizas de un lupanar, con las que fue a pasar la noche a un hotel de mala muerte.

Despertó cuando el sol estaba ya muy alto, con una resaca terrible, rodeado de muslos y pechos de color bronceado, en una cama enormemente revuelta.

—Tetas, piernas… y lo demás —rezongó con malhumorado cinismo apartando de sí a las tres meretrices, tan adormiladas y borrachas como él mismo—. ¿Por qué estas cosas siempre dan asco al otro día?

Le costó salir de aquella resaca, como le sucedía siempre. Cuando pudo pensar con algo de lucidez, aunque los ruidos seguían resonando en su cerebro como estampidos, se acordó de la muerte de Joao Coutinho y de su feo porvenir allí en adelante, teniendo en cuenta que vender pieles de cocodrilo a desaprensivos comerciantes que sólo pensaban en enriquecerse a costa de los idiotas que, como él, se jugaban el pellejo en la selva, enfrentándose a los temibles saurios.

—Infiernos… —Gruñó desalentado—. Si al menos pudiera

cambiar de oficio… Pero a estas alturas, no va a ser nada fácil, la verdad… Sólo sé matar cocodrilos. ¡Hermosa especialidad para pedir trabajo con un anuncio en los periódicos!

Pero lo cierto es que, sin él saberlo, pronto iba a tener «Cocodrilo» Dandi la oportunidad de cambiar de oficio, t incluso de escenario de su vida.

* * *

—Es un favor personal el que te pido, Lukas. Muy personal.

Pocas personas en el mundo, y muy escasa en el propio Hollywood, podían dirigirse a Lukas R. Goldsmith, alto ejecutivo, productor y magnate responsable de la *International World Pictures* de Bervely Hills.

Rossanna, la gran «estrella» de la productora, era una de esas privilegiadas personas. Y estaban haciéndolo ahora, bajo la complaciente sonrisa y la curiosidad de su importante interlocutor.

—No te comprendo, querida —manifestó el prohombre de la industria cinematográfica haciendo dar vueltas a su cigarro habano entre los labios—. ¿Se trata de otra mejora en tu contrato? Creo que la última vez acordamos que durante un año no…

—No, no. No es eso —protestó ella vivamente.

—Ah, bueno —se apaciguó el magnate—. Entonces, te escucho.

—Quiero que contrates a un hombre.

—¿Para hacer qué? —las cejas espesas de Goldsmith se fruncieron con perplejidad.

—Para cazar cocodrilos.

—Para… *¿qué?* —El productor había creído oír mal.

—Para cazar cocodrilos, simplemente. Creo que me has oído perfectamente.

—Te he oído, pero no te he entendido. Yo no tengo un zoo, sino unos estudios de cine, Rossanna.

—Pero estamos rodando una película en países selváticos. Primero Fue Colombia, luego Brasil… y ahora le tocará el turno a Tailandia, al otro extremo del mundo. ¿Cierto, querido Lukas?

—Muy cierto. Tras el rodaje de esos pocos exteriores en Los Ángeles, saldréis para Tailandia dentro de unos diez o doce días como máximo… ¿Pero qué significa eso del cazador de cocodrilos, Rossanna?

—Significa que me he enamorado, maldita sea.

Lukas R. Goldsmith contempló a su «estrella» como quien ve visiones. Era lo último que hubiera esperado oír de labios de una mujer tan fría y calculadora como su actriz, la que había sido capaz de amasar en pocos años una enorme fortuna, bien en el mundo del *rock*, bien en el cine, arruinando un matrimonio de por sí ruinoso con un buscavidas guapo e inútil como James Gillings en aras de una más provechosa carrera artística y comercial.

—¿Tu enamorada? —repitió incrédulo—. ¿De quién?

—De un condenado irlandés llamado Duncan Dandi, que deambula por la selva amazónica cazando cocodrilos. ¿Quieres cosa más absurda?

—Pues la verdad, no. Pero así es el amor. ¿Qué puedo hacer yo en tu favor?

—Ya te lo he dicho: contrátale.

—¡Pero si no necesitamos ningún cazador de cocodrilos! Utilizamos esos viejos saurios inofensivos de McDermott, los de plástico, que salen más baratos que los de verdad y son mucho menos peligrosos… ¿Qué haría yo con un auténtico cazador de cocodrilos en mi productora?

—Rehacer el estúpido guión que estamos rodando, intercalarle auténticas escenas de emoción con un verdadero cazador de saurios… ¡Si le hubieras visto cómo me salvó de las fauces de un montón de esos horribles bichos, sin trucos de pacotilla ni gesticulaciones ridículas como las de Peter Graham en su papel de héroe barato…!

—Bueno, bueno, ahora entiendo. Oí hablar de tu milagrosa salvación en un accidente, eso sí…

—¡Accidente! Intentaron asesinarme, ni más ni menos. Unos salvajes nativos. Y aún me pregunto por qué, a menos que sea allí un ritual o me usaran para un sacrificio humano a sus dioses.

—Que yo sepa, no existen esas cosas en Brasil, pero nunca se sabe rezongó Goldsmith, encendiendo de nuevo su cigarro apagado.
—Supongamos que escucho tus palabras y contrato a ese tipo. Rehacer el guión nos llevaría tiempo y pondría furioso a Fenwick, el guionista.

—No es la primera vez que le pones furioso con una petición así —comentó ella mordaz.

—Pestes, pero tenía sentido al menos. Pero ahora… Además, ¿qué cifra le pago a ese individuo, por trabajar sólo en una película, como doble de Peter?

—Por ejemplo… trescientos mil dólares.

—¡Trescientos mil! —Goldsmith se echó las manos a la cabeza —. Querida, soy un productor de cine, no un chiflado ni un mecenas de cazadores de saurios…

—No te quejes. Los pagaré yo. De mi bolsillo. Pero oficialmente, serás tú quien pague esa suma a Dandi, ¿está claro?

Goldsmith la contempló sorprendido. Poco a poco, una sonrisa distendió su boca.

—Entiendo. Sí que te ha dado fuerte, Rossanna.

—Eso no es de tu incumbencia —se irritó ella—. ¿Vas a hacerlo o no?

—Bueno, a fin de cuentas, es tu dinero, no el mío. Está bien, convenceré a Renwick para que rehaga parte del guión y le intercalaré más escenas de cacerías en la selva. También hay cocodrilos en Tailandia, de modo que rodaremos allí. ¿Cómo localizo a tu singular cazador?

—Mueve tus hilos. Suele ir a Manaos a vender sus pieles. Envía allí a tus agentes en Río de Janeiro, que le busquen. Los nativos sabrán darle razón de su paradero. Pero que sea rápido. Quiero verle aquí cuanto antes.

—Claro, claro. Y papa Goldsmith, haciendo de celestina tuya… —suspiró el magnate—. Eres increíble, Rossanna. No haría esto más que por ti.

—Gracias, cariño. Eres único —dijo ella, levantándose y estampándole un sonoro beso en la frente—. Nunca lo olvidaré. Cuando vea aquí a ese irlandés, seré la mujer más feliz de la Tierra, Lukas querido. He descubierto que no puedo vivir sin él.

Y salió dando saltos de júbilo.

—Irresponsable, caprichosa, absurda… Así es Rossanna —filosofó Goldsmith, una vez a solas—. Pero terriblemente comercial. Hay que aceptarla como es. Después de todo, si fuese distinta… no sería una «estrella» de Hollywood…

Una vez fuera del despacho del magnate cinematográfico, Rossanna se había reunido con Rocco, su hermano y manager. El joven se sorprendió al verla alegre.

—¿Se puede saber qué te ocurre hoy? —preguntó—. Dijiste que te sentirías de un humor de mil diablos en Los Ángeles…

—Eso era ayer, Rocco —sonrió ella radiante—. Hoy luce el sol. Y me siento feliz.

Se alejó, dejando estupefacto a Rocco, que miró con asombro al cielo nublado sobre Bervely Hills.

—El sol… —repitió, sacudiendo la cabeza—. Dios, ¿quién entiende a mi hermana?

Alguien parecía entenderla muy bien. En el exterior de los Estudios, ella detuvo su coche al ver venir en dirección opuesta un Cadillac blanco, impoluto, conducido por un chófer uniformado, de raza negra. Detrás, se sentaba confortablemente un caballero de piel cetrina, casi cenicienta, enormes ojos oscuros, traje blanco y turbante plateado con un esotérico símbolo en su centro.

—¡Lothar Khan! —gritó Rossanna, parando su automóvil en un lado de la carretera—. ¡Dios te envía a mí en estos momentos, mi admirado maestro!

El hindú sonrió desde su asiento trasero en el blanco Cadillac, apresurándose a bajar el vidrio de la ventanilla para fijar su magnética mirada en ella.

—Mi querida y admirada discípula predilecta… —habló untuosamente el líder del Movimiento Benéfico Mundial por la ecología y la Paz—. Es un placer doble verte aquí de nuevo. Tu belleza física corre parejas con tu perfección espiritual y tu grandeza de sentimientos. Sabía que venías de nuevo a América. Y espero que esta vez honres con tu presencia nuestra Asamblea General de la semana próxima…

—¿Verdaderamente me invitas a esa Asamblea? ¿A mí? —dudó ella, incrédula—. ¿Merezco semejante honor, oh maestro?

—Personalmente te invito a asistir. Y no sólo eso, sino que serás mi invitada de honor durante toda la noche, Rossanna amada, puedes estar segura. La Humanidad tiene una deuda contigo. Y yo soy el encargado de pagarla en la medida de mis humildes posibilidades humanas…

—Llevaré a esa reunión un cheque por doscientos cincuenta mil dólares para invertirlos en vuestra inmediata campaña ecológico-pacifista —dijo ella con entusiasmo, relucientes de gozo sus azules ojos.

—Dinero que irá a beneficiar a tantos miserables del mundo, sirviendo de instrumento para la paz y la armonía de los pueblos, así como para la conservación de la Naturaleza, querida discípula… Pero sobre todo, será tu presencia la que más bien reporte a todos nosotros esa noche.

Hizo un gesto a su chófer, tras un gesto de bendición a Rossanna. El Cadillac blanco siguió su marcha. Y Rossanna, arrobada, regresó a su automóvil, como si hubiera visto en persona al salvador de la especie humana.

CAPÍTULO V

ASESINOS A SUELDO

Duncan Dandi se movió incómodo en el pasillo del avión, camino del bar. Su indumentaria era la de siempre, pese a viajar en primera clase del vuelo Río de Janeiro-Los Ángeles.

La gente miraba con curiosidad a aquel hombre atlético, atractivo y varonil, de ropas de explorador, pantalón corto, camisa de manga corta, músculos vigorosos y sonrisa ingenua en su rostro curtido por el sol de los trópicos. Los hombres le escudriñaban o le criticaban, mientras las mujeres suspiraban calladamente al estudiar aquella humanidad viril que despertaba en ellas recónditos sentimientos eróticos.

Ajeno a todo eso, «Cocodrilo» pidió algo de beber en el bar del avión, dirigiendo una ojeada inquieta a las nubes que desfilaban más allá de las ventanillas.

—No me gusta la civilización —habló consigo mismo—. Ni me gusta volar…

—¿Decía algo, señor? —se interesó el camarero al oírle murmurar entre dientes.

—No, nada. No lo entendería, después de todo —respondió Dandi—. Como yo no entiendo aún que nadie sea tan loco como para contratarme por trescientos mil dólares para trabajar en el cine…

El barman contempló, dudando de su equilibrio mental, pero eso a Dandi le tenía sin cuidado. Se fue con su copa hasta su asiento, donde se acomodó, sin dejar de mirar ceñudo a las nubes que pasaban ante sus ojos.

Recordó los malos días pasados en Manaos, tras su borrachera y malgastar todo el escaso dinero que recibiera por las pieles. Y después, la sorprendente aparición de aquellos dos agentes cinematográficos de Los Ángeles, que le localizaron inexplicablemente en el hotelucho donde se alojaba, ofreciéndole la suma más increíble del mundo, a cambio de aparecer en una película… matando cocodrilos.

Primero había dudado, recordando su negativa experiencia con las gentes del cine, cuando salvó aquella caprichosa actriz de morir devorada por los saurios. Pero después, ante lo suculento de la cantidad ofrecida, firmó el contrato y recibió el pasaje para Los Ángeles, para incorporarse al elenco de la *International World Pictures* lo antes posible, dado que debía rodar peligrosas escenas de cacería de reptiles en Tailandia poco después.

Los agentes de Goldsmith en Brasil habían sido lo bastante astutos como para que no les relacionase para nada con los cineastas de la selva amazónica, y menos aún con la «estrella» Rossanna. Según ellos, sus gestas habían aparecido en los periódicos, provocando así la llamada de la productora al necesitar un hombre de sus características.

Y ahora, aquel vuelo le aproximaba a ese mundo civilizado, ruidoso y apretado, tan distinto a sus queridas junglas tropicales, convertido en un hombre rico, sin problemas económicos. Se alegraba, al menos, por el hecho de no tener que claudicar ante los especuladores comerciantes de Manaos de allí en adelante.

La llegada a Los Ángeles fue caótica para Duncan Dandi. Perdió su escaso equipaje en la banda de aduanas, necesitando varias horas para recuperarlo en medio del maremágnum del aeropuerto internacional situado frente a Vista del Mar. Perdió todos los taxis que quiso coger, por no guardar el debido turno, se ganó la reprimenda de un agente de policía, causó las risas de una columna de escolares en compañía de una estirada profesora, que le compararon con Tarzán, y acabó tan desorientado como si estuviese dando vueltas en medio de una noria.

Por fortuna, fue localizado por otros dos agentes de la *International* antes de que lograra volver loco a todo el mundo y se volviera loco él mismo. Casi tuvieron que raptarle para meterlo con su extraña valija en un largo, confortable automóvil conducido por

un chófer filipino.

—Oiga, ¿siempre viaja usted con semejante equipaje? —se asombró uno de los funcionarios de Lukas R. Goldsmith, contemplando su rifle, su mochila, sus mantas enrolladas y su cantimplora abollada.

—Claro. Es todo lo que necesito —asintió Dandi, arreglándose las alas de su sombrero bordeado por la ancha cinta de piel de cocodrilo—. ¿Para qué quiero más?

—Bueno, supongo que a partir de ahora, todo va a ser algo distinto para usted… —señaló al otro empleado, algo incómodo.

—¿Distinto? ¿Por qué? Vengo para matar cocodrilos, que es mi oficio, ¿no? —Miró al exterior, a la autopista que les llevaba al centro de Los Ángeles, mareado por tanto tráfico, tanto ruido y tanta contaminación ambiental—. Aunque supongo que por aquí no tendrán ninguno suelto…

—Sí, en el zoológico —rió uno de sus acompañantes—. Pero dudo que el señor Goldsmith quiera que mate usted a uno de ellos. No quiere líos con el Ayuntamiento.

—Muy gracioso. —Dandi le miró irritado—. En Dublín también tenemos zoológico, amigo. De niño me gustaba ir allí a ver a los saurios y reptiles. Desde muy pequeño sentí atracción por esas criaturas. Me fascinaban las serpientes, los anfibios…

—Ya —los dos agentes cinematográficos se miraron, incómodos —. Los reptiles que tendrá usted que matar, de todos modos, están lejos de aquí, en Oriente.

—Sé dónde está Tailandia —dijo secamente el cazador—. No soy un patán, amigos.

—Lo sé, lo sé —le apaciguó uno de ellos—. Nadie ha dicho eso. Pronto llegaremos a los Estudios. Allí podrá descansar un poco, hablar con el señor Goldsmith y alojarse debidamente, a la espera de que pueda leer el guión en que va a intervenir…

Duncan Dandi acogió con un huraño silencio aquellas palabras. No le gustaban sus compañeros. No le gustaba Los Ángeles. Y empezaba a no gustarle la aventura cinematográfica en que se había metido… a pesar de los trescientos mil dólares.

* * *

Rossanna se contempló feliz en el espejo.

Estaba realmente radiante, Más bella que nunca, si eso era posible. Realzaba el fulgor azul de sus ojos, el dorado falso pero rutilante de su cabello, la firmeza de latinas cejas oscuras, la sensualidad de sus labios carnosos…

Pero eso no era todo. Su figura aparecía elegante, majestuosa, pese a no ser ni muy alta ni muy esbelta, puesto que su naturaleza exuberante y su preparación risica, si bien mermaban todo átomo de grasa corporal, sí acentuaban la elástica contundencia de sus músculos, obra del moderno *body building.*

Su traje de noche audaz, negro y rojo, de línea informal, moderna, se amoldaba a su cuerpo voluptuosamente. Llevaba pocas joyas, pero con gusto.

—Estas divina, Rossanna —ponderó Jonathan Goodwin, el director dándola un beso en la mejilla—. Deslumbrarás en la fiesta de tus amigos ecologistas.

—No es una fiesta. Ni son puramente ecologistas —protestó ella —. Forman una sociedad para proteger al mundo del deterioro actual en todos sus órdenes. Lothar Khan es un alma noble y pura que dedica todos sus afanes al bien común, con total ausencia de egoísmos personalistas. Lo de esta noche es una Asamblea General.

—Vamos, como las Naciones Unidas, pero en plan «verde» —se mofó Peter Graham desde la puerta del camerino—. ¿No les llaman así a los ecologistas europeos?

—Siempre tan imbécil, Peter —se enfureció la actriz fulminándole con una mirada a través del espejo—. Largaos todos, vamos. Quiero estar sola. No me gustan los mirones. Y menos cuando carecen de cerebro. Lo cual no va por ti, querido Jonathan.

El actor se alejó riendo entre dientes, mientras Goodwin sonreía comprensivo, dando una suave palmadita en el hombro de la actriz.

—Te entiendo, querida —dijo conciliador—. Sea fiesta, guateque o asamblea, que te diviertas. Y no hagas demasiado caso a las gracias de Peter. El es así.

Se retiraron sus compañeros, quedándose sola con Brenda, su camarera, y Rocco, su hermano. Acabó de arreglar detalles de su *toilette* ante el tocador, antes de sentirse del todo satisfecha con su aspecto.

—Voy a darles un donativo —explicó a su hermano—. Y les prometeré una actuación de *rock* televisada a varios países, a

benefició del Movimiento.

—Creo que te pasas con esa gente —objetó Rocco ceñudo—. Nunca me ha gustado ese tipo, Lothar Khan. Me parece un vividor, un farsante.

—¡Estás blasfemando, Rocco! —protestó vivamente la joven—. Lothar Khan es casi un profeta, un iluminado. Todo lo hace por el bien ajeno, por el mundo.

—Eso es lo que él dice. Y tú te lo crees, hermanita. —Rocco Angelí meneó la cabeza, con expresión dubitativa—. Algún día descubrirás la clase de pájaro que es, y te quedarás asombrada, estoy seguro de ello. No creo en profetas ni en santones. El mundo no es tan bueno, Rosa.

—No me vuelvas a llamar así. Soy Rossanna para todo el mundo, Rocco.

—Para mí, no. Siempre serás Rosa, mi hermanita mocosa de las calles de Brooklyn, la niña italiana nacida en América, con sangre de los Abruzzi… —La besó tiernamente, acarició su hombro y salió del camerino de los Estudios.

—Pobre Rocco, siempre pensando en el pasado… —Miró a su camarera por el espejo—. Brenda, dame el chal. Está nublado, corre una brisa húmeda y puede que llueva.

—Sí, señorita —asintió su empleada—. Cuídese mucho esta noche. Debería ir con usted para acompañarla y cuidarla…

—No soy ninguna niña, Brenda —sonrió ella—. Además, estaré bien protegida. Me rodearán toda la noche personas buenas, honradas, generosas, que sólo piensan en luchar contra un mundo injusto y manipulado por los grandes intereses multinacionales.

Brenda no pareció muy satisfecha con esa explicación, pero sabía que era inútil pretender oponerse a la voluntad de su patrona. Rossanna sólo admitía una verdad y una opinión: la suya propia.

Minutos más tarde, las puertas de los Estudios Internacional se abrían para dejar paso al lujoso coche de Rossanna, camino del Centro Social del Movimiento Benéfico Mundial por la Ecología y La Paz, situado en el corazón mismo de las playas de Malibu.

Se adentró la joven actriz por la carretera de la costa, bordeando las luces de la ciudad de Los Ángeles, hacia Santa Mónica y Pacific Palisades. Sus temores se cumplían poco después: el parabrisas comenzó a salpicarse de menudas gotitas de agua. Había

comenzando a lloviznar.

A la altura en que dejaba Lincoln Boulevard para adentrarse por Pacific Coast Highway, la lluvia se había hecho persistente y el estado mojado del asfalto lo hacía sumamente resbaladizo.

Inesperadamente, el coche negro apareció delante de ella.

Traía sus faros encendidos a toda potencia, deslumbrándola. Ella hizo sonar el claxon para advertirle de que redujera su intensidad. En vez de obedecerla, el coche negro se precipitó hacia ella envolviéndola en aquella luz cegadora, e invadiendo su propia calzada casi violentamente.

Rossanna, atónita, tuvo que realizar una maniobra desesperada, para evitar la colisión. Pasó como una centella, rozando la carrocería negra del otro coche, cuyos vidrios eran también oscuros, de la clase de los que desde el exterior resultan totalmente opacos, sin posibilidad de ver el interior.

Advirtió que el coche en cuestión llevaba una especie de protector o parachoques delantero muy especial, capaz de arrollar a cualquier vehículo que chocara frontalmente con él.

—¿Qué significa…? —comenzó ella, atemorizada, logrando estabilizar la marcha de su vehículo nuevamente, tras eludir el mortal impacto con el otro coche.

Aceleró, alejándose del lugar sin pretender averiguar nada más. Pronto captó por el retrovisor un hecho inquietante: el automóvil negro venía tras ella. Y su velocidad era muy superior a la que ella podía desarrollar con su vehículo.

—¡Viene a por mí, no hay duda! —Manifestó con angustia, pisando a fondo el acelerador—. ¡Debe de ser algún loco de la autopista, esto no tiene sentido!

Pero lo cierto es que el coche negro no cejaba. Estaba cada vez más cerca, bañándola de nuevo con la luz deslumbrante de sus faros. Sintiendo un frío sudor empapando su cuerpo, Rossanna trató desesperadamente de mantener la distancia entre ella y el vehículo perseguidor.

No le fue posible. El motor del otro coche era mucho más potente. Le dio alcance.

Y martilleó con fuerza en la parte de atrás. Abolló su coche y lo hizo tambalear. Rossanna casi salió despedida contra el parabrisas. Se ajustó más el cinturón de seguridad, mientras recibía un segundo

impacto trasero que la lanzó hacia adelante, con una especie de salto brusco sobre las ruedas. Patinó en el asfalto húmedo, estando a punto de irse contra una valla y un anuncio de carretera.

Pudo enmendar con dificultad su marcha, pero sólo para recibir momentos después otros tres golpetazos seguidos, cada vez más fuertes. El misterioso conductor no cejaba en su empeño de embestirla, sobre todo en las curvas sobre la bahía. Parecía decidido a lanzarla fuera de la ruta. O a hacerla estrellar contra cualquier punto sólido.

Decidida, Rossanna clavó sus ojos en la siguiente curva, situada sobre una elevación de Topanga Beach, a cierta altura sobre el nivel del litoral. Era una curva bastante cerrada y peligrosa. Si era embestida allí con fuerza, podía ser el final de la carrera. Y de su vida.

Aceleró cuanto le fue posible, exasperadamente. Pero el automóvil negro no se despegó de ella. Parecía también dispuesto a acelerar lo suficiente para darle alcance otra vez y darle la embestida final, justo en la curva.

Apretó los labios con fuerza, sabía que se estaba jugando la piel en aquel lance contra el demente agresor. Y se la jugó.

Inesperadamente, cuando iba a ser golpeada con fuerte violencia, hizo virar en redondo al coche, aprovechando lo resbaladizo de la autopista. El otro vehículo se encontró con el vacío. Y con la curva sobre el mar…

También era buen conductor el misterioso enemigo. Evitó el salto al vacío, virando con violenta prontitud. Lo justo para eludir la zambullida, pero no para irse de costado contra una valla metálica y un muro del lado opuesto, donde se golpeó lateralmente, hundiéndose los guardabarros sobre las ruedas, reventando una de éstas al ser desgarrada por un fragmento cortante del poste metálico roto en el impacto, y quedando así el coche negro inmovilizado contra la pared rocosa del lado opuesto al que asomaba a la bahía.

Rossanna respiró con alivio, disponiéndose a alejarse del lugar a toda velocidad, sin intentar averiguar cosa alguna. Pensó que, en todo caso, denunciaría lo sucedido a cualquier patrulla de la carretera que hallase en su camino.

Pero el retrovisor le mostró una nueva imagen alarmante de la situación.

El coche negro seguía inmovilizado, pero su portezuela se abrió, saliendo de su interior dos hombres. Ambos empuñaban armas de fuego. Uno apuntó hacia el coche de Rossanna, disparando sin vacilar.

Dio en el blanco. La actriz notó que las ruedas traseras de su automóvil se desinflaban, alcanzadas por los proyectiles. Redujo la marcha, hasta frenar no lejos de la orilla de la autopista, no sin dificultades.

Aterrada, agazapada sobre el volante, la mirada fija en el retrovisor, vio que los dos hombres corrían, pistola en mano, hacia el coche. Le pareció que las armas tenían cañón prolongado. Silenciadores, pensó. Así los disparos no hacían ruido, no alarmaban a nadie.

—Van a matarme —murmuró horrorizada—. ¡Eso es lo que van a hacer! Matarme… Como aquellos nativos en la selva… Sólo que ahora mismo, en Los Ángeles… Pero ¿por qué? ¿Por qué, Dios mío?…

Los dos individuos estaban cada vez más cerca. Pudo vislumbrar dos rostros sombríos, como tallados en piedra o en metal, bajo los sombreros de ala baja. Tenían cara de fríos profesionales. De asesinos a sueldo, pensó con horror.

Dentro de pocos segundos estarían allí, ante ella. Si salía del coche, si corría al aire libre, dispararían igual sobre ella.

No podía hacer nada. Si realmente eran asesinos contratados para matarla, nadie iba a impedírselo esta vez. Ahora no estaba allí un cazador de cocodrilos para librarla de los saurios humanos en la jungla de asfalto…

CAPÍTULO VI

VIAJE A ORIENTE

Sin embargo, «Cocodrilo» Dandi apareció en escena.

Era un imposible, pero apareció. No podía ocurrir, pero ocurrió. Como si tuviera el don de la oportunidad, el de la dualidad, el de la providencialidad y un sinfín de dones más, sobre todo a juicio de la aterrorizada Rossanna.

El taxi patinó con estridente chirrido de ruedas sobre el asfalto mojado de la ruta, a espaldas de ella y algo más acá que el inutilizado coche negro. Los dos pistoleros, ligeramente desconcertados, se miraron entre sí, parándose. Luego, uno dijo algo. El otro asintió, disponiéndose a ocuparse del taxista, mientras su compañero iba a encargarse personalmente de Rossanna.

Pero la portezuela del taxi se abrió atrás, dando paso a un personaje insólito, que encajaba en el ámbito urbano como un pingüino en medio de una convención republicana o de un partido de béisbol.

El pistolero se quedó de una pieza al ver aquel hombre alto, rubio, musculosos, con sus brazos desnudos, el pantalón corto, las botas con calcetines, el ancho cinturón-canana con dos cuchillos en sus vainas y una pistola automática en una funda, tocado con un sombrero de alas anchas y copa redonda, con banda de piel de cocodrilo.

Rossanna, al verle surgir en el pequeño rectángulo de su retrovisor, no daba crédito a sus ojos. Sabía que estaba aquel día en vuelo hacia Los Ángeles, supuestamente contratado por la *International*, pero de eso verlo aparecer en la carretera, justo a tiempo, como un arcángel, estrafalario si se quiere, pero arcángel a fin de cuentas.

Asomó la cabeza por la ventanilla, para gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Estoy aquí, Dandi! ¡Socorro! ¡Van a matarme! ¡Cuidado, llevan pistolas silenciosas, son dos asesinos!

«Cocodrilo» asintió con la cabeza. No parecía necesitar de las voces de advertencia de ella para darse cuenta exacta de la situación. El pistolero más cerca del coche de Rossanna, disparó su pistola contra ésta. La joven se retiró de la ventanilla muy a tiempo. La bala silbante arrancó la pintura de la carrocería, mellando el borde de la ventanilla.

Apenas había pisado el asfalto húmedo de la autopista, Dandi estaba ya en acción contra el individuo que, pistola en mano, se movía hacia el taxi, aunque ahora realmente desconcertado al parecer.

Su mano derecha desenroscó un látigo que llevaba en el cinturón, manejándolo con pasmosa destreza. La correa silbó en el aire, como una culebra, el látigo voló hacia el pistolero, y se enroscó a su garganta justo cuando apretaba el gatillo de su arma apuntando a Dandi.

El disparo le salió desviadísimo, mientras forcejeaba por desprenderse de la molesta tralla, convertida en un cepo que le ahogaba e impedía respirar.

«Cocodrilo» llegó hasta él, mientras el otro pugnaba por volver a disparar, en tanto buscaba oxígeno para sus pulmones. No le dejó disparar por segunda vez, tal era la celeridad de movimientos del cazador.

En cuanto estuvo a su lado, Dandi le descargó un formidable mazazo con su mano derecha cerrada, sobre la cabeza del pistolero. No sólo aplastó su sombrero lastimosamente, sino que el rufián se desplomó como fulminado en el asfalto.

Sin perder un segundo, el cazador se volvió hacia el individuo que llegaba ya al lado del coche de Rossanna con la intención de matarla, aprovechando la pugna entre su camarada y el extraño personaje salido del taxi.

—¡Eh, amigo! —gritó Dandi al pistolero.

Desorientado, éste giró la cabeza, comprobando con disgusto que su compañero estaba fuera de combate. Con una sorda imprecación, se olvidó momentáneamente de Rossanna, volviendo

su arma silenciosa contra él.

Duncan Dandi apenas si se movió. Pero de su mano zurda escapó fulgurante la hoja de acero de su cuchillo, como una saeta mortífera.

Se clavó en el pecho del asesino cuando éste iba a apretar el gatillo. Llegó a hacerlo, pero la bala voló altísima, mientras toda la hoja del cuchillo se hundía hasta la empuñadura en el torso. El arma hecha para clavarse en la dura caparazón del cocodrilo, había hecho fácil presa en un cuerpo humano.

La lucha terminó allí. El taxista, estupefacto, asistía a aquella escena como si no pudiera creer nada de lo que veía. «Cocodrilo» corrió hacia el coche de la actriz, asomando preocupado por la ventanilla.

—¿Te encuentras bien, Rossanna? —preguntó solícito.

—Oh, sí, gracias al cielo —gimió ella, cayendo sobre el volante —. Estoy bien. No sé cómo has venido aquí, pero… de nuevo has salvado mi vida. Eres maravilloso, Dandi…

—¿Con que no sabes cómo he venido aquí, eh? —Había sarcasmo en la voz de él—. Pues te lo voy a contar en dos palabras, asquerosa intrigante.

Y si el taxista había visto con asombro la pelea de su extraño pasajero con aquellos dos individuos armados, ahora pudo maravillarse presenciando cómo el salvador de la famosa actriz, en vez de mostrarse conmovido con su providencial intervención, abría la portezuela del coche con violencia, sacando a Rossanna de él a viva fuerza, para arrastrarla por la carretera sin contemplaciones.

—¡Yo te diré cómo he venido a esta sucia ciudad, doña métome-en-todo! —clamaba «Cocodrilo» zarandeándola sin miramientos—. ¡Acabo de estar en los Estudios *International*, donde un tipo llamado Goldsmith ha pretendido convencerme de que fue cosa suya la idea de contratarme para tu película del demonio! ¡Pero luego he hablado con un tal Peter Graham, ese actorcillo que trabaja a tu lado, y él me ha revelado que todo fue idea tuya, y que tú misma financias mi contratación en los Estudios! ¿Por qué no te metes en tus cosas y dejas en paz a los demás? ¡Yo no quiero nada tuyo, ni estoy dispuesto a trabajar contigo porque a ti te de la gana!

—Peter, ese hijo de perra… El tuvo que ser… —Se enfureció Rossanna.

—Será hijo de perra o no, eso me tiene sin cuidado, pero me hizo ver la realidad. He sido un ingenuo, me he portado como un imbécil aceptando ese contrato. Pero no vas a cogerme en tus redes. No haré lo que tú quieres. Yo no soy uno más de los caprichos de la gran Rossanna, ¿está eso claro? Por eso tomé un taxi y me vine detrás tuyo, cuando me dijeron que seguías este camino para ir a no sé qué diablos de fiesta… Tienes tanta suerte que hasta has conseguido con eso salvar tu vida, maldita sea.

—Perdón, perdón, Dandi. No es ningún capricho. Te quiero, estoy loca por ti. Pero además de eso, eres un diamante en bruto digno de ser aprovechado para el cine…

—Hombre, gracias por eso de «bruto». Es lo que faltaba.

—No me entiendes —gimió ella—. Quiero decir que tienes capacidad para ser alguien en la pantalla, para dejar boquiabierta a la gente con tu personalidad y tu valor… Pero por Dios, ¿por qué estamos discutiendo estas tonterías ahora, cuando han intentado asesinarme por segunda vez, y por segunda vez no estoy muerta gracias a ti?

—Asesinarte por segunda vez… —«Cocodrilo» se olvidó momentáneamente de su enfado, para contemplar a Rossanna con perplejidad. Incluso la soltó, dejando de zarandearla ante el interesado taxista—. Eso es verdad. Y esta vez no eran nativos brasileños ni cocodrilos… ¿Qué es lo que pasa aquí, por qué te quieren muerta?

—No lo sé, te lo juro, estoy confundida, no entiendo nada… pero tengo miedo. Mucho miedo. Ya no me atrevo a ir sola a esa reunión. Ven conmigo, Dandi. Por favor…

—Lo que faltaba. Vengo tras de ti a cantarte cuatro verdades en la cara antes de romper mi contrato y volverme a Brasil, y tú me pides que sea tu niñera…

—No es eso, Dandi. Me da miedo quedarme sola. Hazlo, siquiera por esta vez… Luego, haz lo que te venga en gana, no me opondré a que vuelvas a tu selva, con tus queridos cocodrilos, si ése es tu gusto. Pero esta noche no me abandones, por favor…

—Hum… —La miró, ceñudo. Vio que el pistolero del látigo enroscado se agitaba en el suelo, comenzando a volver en sí. Volvió junto a él, le soltó otro mazazo en la cabeza, y el tipo se derrumbó como un saco de patatas, ante el regocijo del asombrado taxista,

que nunca se lo había pasado mejor. De regreso ante Rossanna, el cazador acabó por ceder de mala gana—: Está bien, pero sólo por esta noche. Te llevaré adonde quieras y seré tu fiel guardaespaldas. Vamos, sube al taxi, tú dirás adonde tenemos que ir. No creo que ninguno de esos dos coches sirvan para gran cosa ahora…

—Sí, vamos. Cuando encontremos una patrulla, les diremos que vengan a recoger a esos dos individuos. Tal vez alguno pueda confesar algo sobre quién les pagó por asesinarme…

—Como no sea el otro, dudo que ése al que lancé el cuchillo diga nada. Está más muerto que mi bisabuela.

El taxista les llevó de buen grado hasta la mansión situada en una elevación del terreno de Malibu Beach, con el fondo magnífico de los montes de santa Mónica completando el paisaje.

Lothar Khan esperaba en la puerta a sus invitados, siempre impecablemente ataviado de blanco, con su inevitable turbante plateado. Al ver llegar a Rossanna, su rostro se alteró imperceptiblemente, aunque la recibió con su mayor sonrisa. El gesto que puso al ver a «Cocodrilo» Dandi, fue significativo. Pero Rossanna arregló ese punto.

—Entrará conmigo, Khan —dijo—. Acaba de salvarme la vida. Es un amigo. Y trabaja a su modo por el equilibrio ecológico en las selvas del Amazonas.

—Si es así, no se hable más. —Lothar se inclinó obsequioso ante Dandi, invitándole a entrar en compañía de Rossanna—. Los amigos de esta dama, son siempre mis amigos.

Mientras se adentraban en el recinto, repleto de invitados de todas las razas, y al parecer todos de elevada condición social, Dandi habló en voz baja a la joven, sin parecer preocuparse poco ni mucho por las miradas de pasmo que su presencia provocaba en los asistentes.

—No me gusta nada ese tipo del turbante —comentó.

—Oh, no digas tonterías —le reprochó ella—. Es Lothar Khan, un gran benefactor de la Humanidad, un mecenas de la ecología, la paz y el amor humano.

—Como si es Fu Manchó —replicó Dandi—. No me gusta nada. Y no se alegró mucho al verte llegar, pese a lo que fingiera luego. Parecía tan sorprendido de verte como contrariado. ¿Seguro que ese tipo no tiene motivo alguno para desearte algún mal?

—¡Qué tontería! —Ella se echó a reír, pero de pronto la risa se le heló en los labios—. Bueno, si yo fuese ya divorciada, tal vez… Cuando mi matrimonio con James Gillings se de por liquidado legalmente, mi fortuna estará legada en su totalidad a la institución que él preside. Pero claro, eso aún no está en vigor, él no ganaría nada perdiendo yo la vida, Dandi. Al contrario, lo perdería todo…

—Pues aun así, sigue sin gustarme, No te fíes de él. Ni de tu marido, claro, sobre todo siendo el beneficiario actual de tu herencia… Yo centraría en esa gente mis sospechas si estuviera en tu pellejo, jovencita.

—Por favor, no vuelvas a llamarme así —se enfadó la actriz—. Me pone frenética tu modo de tratarme.

—No te inquietes por eso. Mañana dejarás de verme y oírme por el resto de tu vida.

—Por favor, Dandi, razona. —Le suplicó ella, repentinamente tierna—. No rompas tu contrato, no te marches… Es tu gran oportunidad, no lo digo por mí. Admito que he obrado mal, que quise dictar mi capricho, sólo porque te amo, porque deseo verte cerca… Debes comprender, perdonarme… Te lo suplico. Y yo nunca he suplicado a nadie.

—Ya va siendo hora de que lo hagas. Nadie tiene potestad sobre el resto de los humanos. Hasta el más sencillo tiene su propio criterio, su voluntad, su albedrío. Pero no sigas suplicando. No te valdrá de nada. Está decidido. Me marcho.

—Dandi, dentro de dos días saldremos hacia Tailandia. Allí se rodarán escenas peligrosas en la selva. Se había cambiado el guión para tu lucimiento…

—Pues que lo dejen como estaba. Tu amigo Peter Graham divertirá mucho más que yo al público, sobre todo al que se de cuenta de lo mal que lo hace todo.

—Además, Dandi… en esa lejana tierra de Asia podría… podría peligrar mi vida de nuevo, realmente hay alguien, como parece, dispuesto a acabar conmigo como sea… Allí existen selvas como en Brasil. Y alimañas venenosas. Y cocodrilos…

—No vas a convencerme con tus tretas, jovencita. He dicho que no. Contrata a un guardaespaldas. O a dos. O a tres. Te sobra dinero para todo eso.

—Por el amor de Dios, Dandi… —Se detuvo, sujetándole por un

brazo, hundiendo sus uñas en aquellos músculos flexibles y poderosos, que la hacían estremecer con un solo contacto. Clavó sus ojos azules en las verdes pupilas jaspeadas de «Cocodrilo» Dandi—. No me abandones. Aunque no lo merezca, aunque me haya portado como una niña caprichosa y malcriada… tengo miedo. Sólo confió en ti. No me dejes… Ven conmigo a Tailandia…

—No —negó «Cocodrilo»—. Es mi última palabra. Ni lo sueñes.

Pero la mujer, a veces, tiene extrañas dotes de persuasión. Tal vez por eso, dos días más tarde, con el equipo artístico y técnico de la *International*, «Cocodrilo» Duncan Dandi volaba a través de medio mundo, rumbo a Tailandia.

CAPÍTULO VII

LAS FLORES MALÉFICAS

—El tráfico de estupefacientes peligra, amigo mío.

—Lo sé. Con ese hombre en el grupo, no me fío lo más mínimo. No es sólo un vulgar cazador de caimanes. Es astuto y desconfiado. Le gusta observarlo todo. Con su aire de ingenuo patán, parece no ver nada, pero no se le escapa detalle.

—Hicimos un buen negocio en los viajes a Colombia y a Brasil. La coca llegó a Los Ángeles en perfectas condiciones. Ahora tenemos la gran ocasión de nuestra vida. Tailandia es el paraíso del opio y de la coca. Podemos mover una fortuna en cocaína y heroína.

—Escucha esto, Gillings: intentaremos llevar a cabo el negocio por última vez, pese a todo. Si ese tipo, «Cocodrilo» Dandi, nos llega a molestar, se intentará eliminarlo como sea. Pero no quiero que Rossanna corra el menor peligro.

—De acuerdo, amigo —asintió el marido de la actriz contemplando a su socio en el negocio del contrabando de droga—. Siempre lo hemos hecho así.

—Es que empiezo a tener mis dudas.

—¿Dudas? ¿Sobre qué? —se sorprendió Gillings.

—Sobre ti —dijo fríamente el otro—. Han intentado matar dos veces a Rossanna. Una, en Brasil. Otra en Los Ángeles. Eso no me ha gustado. Y espero, por tu bien, que no sea cosa tuya…

—¿Pero qué dices? ¿Por qué habría de intentar yo semejante cosa? —Se mostró escandalizado Gillings.

—¿Y lo preguntas? Eres el heredero de su fortuna. Eres su

marido ante la Ley. Eso puede hacerte pensar cosas raras para quedarte con su dinero antes del divorcio…

—Te juro que no tengo nada que ver con todo eso.

—No me fiaría de tus juramentos ni loco. Sólo te advierto. Y espero, por tu bien, que no sea así. Utilizar a Rossanna para pasar la droga de las plantaciones de coca o de opio a los laboratorios de Los Ángeles para su conversión en estupefacientes de la mejor calidad, es una cosa. Hacerla daño a ella, otra muy distinta. No hagas ningún doble juego, Gillings. O no lo contarías.

—Yo de quien no me fiaría mucho es de ese movimiento esotérico —ecologista que tiene sorbido el seso a Rossanna— objetó Gillings astutamente.

—¿Lothar Khan? —El otro se encogió de hombros—. Sé que ella ha sido tan estúpida como para confiar en ese estafador y hacerles herederos cuando tú no estés en escena. Rossanna ha querido guardarte esa última consideración, no sé por qué. La verdad es que nunca entenderé a las mujeres. Y menos a Rossanna. Pero si Lothar Khan intentase ahora algo contra su vida, lo perdería todo. No creo que sea tan imbécil. En todo caso, esperaría a poder heredar su dinero. Y no lo haría tan toscamente. Se puede fingir un accidente, no enviar pistoleros a matarla… o hacerla secuestrar, quizás por nativos contratados, para hacerla hundir en el Amazonas. Parece como si todo se hiciera con la pretensión de no ocultar que se trata de un asesinato, Y me pregunto por qué. A menos…

—A menos, ¿qué? —indagó Gillings, inquieto, mirando a su socio.

—A menos que sus enemigos pretendan dos cosas: deshacerse de ella y, de paso, culpar al tráfico de droga de su muerte. Les bastaría con hacer salir a la superficie, tras su asesinato, el asunto de la coca y el opio.

—Pero… pero de eso, nadie salvo tú y yo sabe nada…

—Exacto —una fría mirada se clavó en Gillings—. Por eso he sospechado de ti, socio. Porque podrías hacer un doble juego muy beneficioso para ti, de acuerdo con alguien más. Te advierto que si es así, eres hombre muerto. Me juego mucho en todo esto. No acostumbro a perdonar traiciones.

—Por favor, no digas tonterías. Estamos en el mismo barco. Soy del todo fiel, no tengo nada que ver en todo eso…

—Mejor así. Ahora estás advertido, Gillings. Me voy, debo tomar otro avión hacia Tailandia, para reunirme con los demás. Tú te quedarás en Los Ángeles, esperando la nueva remesa. Ten preparado todo para que los compradores se hagan cargo de la mercancía, apenas arribe a California.

—Descuida, todo estará a punto para entonces. Cuídate tú en Tailandia. De las autoridades locales… pero también de ese tal «Cocodrilo» Dandi.

—Descuida. Suelo saber protegerme bien en todos los casos.

Estrechó con frialdad la mano de James Gillings y abandonó el lugar donde ambos socios se reunieran para hablar de Rossanna, de unos asesinos desconocidos, de un importante negocio en común, y de unas flores malditas que germinaban en lugares como Brasil, Colombia, Tailandia y muchos otros, cultivadas para dar al mundo la sustancia maldita de la época, se llamase cocaína o heroína… La droga.

La cocaína, obtenida del arbusto eritroxiláceo llamado coca; la heroína, extraída de la morfina, el alcaloide amargo y venenoso que contenía la flor del opio…

Minutos después, Rocco Angelí, hermano de Rossanna, tomaba el vuelo para Bangkok, dejando atrás Los Ángeles y, en él, a su socio James Gillings.

* * *

Bangkok.

Cinco millones largos de habitantes, el río Menam, sucio y caliente, bañando sus orillas urbanas. Edificios pintorescos, viejos templos siameses —porque en un tiempo aquello se había llamado Siam y había sido escenario de un musical de Broadway, según podía recordar «Cocodrilo» Dandi, que aunque pasó años en la jungla brasileña y parecía un palurdo, no era tan palurdo ni tan ignorante como podía creerse—, edificaciones modernas puramente occidentales, un ambiente oriental falseado y adulterado por la civilización —sobre todo la americana—, muchas furcias desdentadas, muchos jovenzuelos prostituidos que se sodomizaban en público, fumaderos de opio, masajes de todo tipo, para hombres y mujeres, hechos por mujeres o por hombres, dédalos de callejuelas llenas de rubíes y de zafiros, las piedras de la industria

nacional, más furcias, más homosexuales, comercializados o sin comercializar, más casas de masajes, hoteles de lujo, tugurios, más fumaderos de opio, gentes esqueléticas que se consumían con la droga como los irlandeses podían consumirse con el *whisky*, pero más a lo bestia. Eso era Bangkok, a grandes rasgos, según pudo descubrir en sus dos o tres primeros días de estancia y de recorrido por sus calles repletas de turistas. Casi todos americanos, por supuesto.

Y caimanes.

Sobre todo, caimanes. No sólo en las turbias y malolientes aguas del río Menam o en los bajorrelieves de los viejos templos siameses, sino en todas partes.

Caimanes para el cine también, faltaría más. Caimanes para la película de Jonathan Goodwin, el director especializado en films de acción para la *International* y para su magnate, el afable y rico judío Lukas R. Goldsmith.

La escena a rodar ese día, precisamente, era la más complicada de todas, incluso para un hombre avezado a esa clase de cosas, como «Cocodrilo» Duncan Dandi. El nunca había visto tantos cocodrilos ni en todo el Amazonas. Eran caimanes, pero la cosa daba igual. Porque entre el cocodrilo y el caimán, la única diferencia es el tamaño. Los últimos suelen ser algo más pequeños. No mucho, la verdad. A la hora de tragarse a un hombre, entero o a trozos, eran igualmente voraces los dos.

Aquello eran caimanes, no cocodrilos. Dandi los conocía bien. Pero no sabía de dónde diablos habían traído tantos los muchachos thais. Se podía calcular que, en el fondo de aquel foso construido por los técnicos de escenografía en una zona de Bangkok donde podía tomarse el fondo de viejos templos asiáticos ruinosos a través de las cámaras del Cinemascope, debían pulular en esos momentos unos setenta caimanes. Y parecían hambrientos, aunque Goodwin asegurara que los habían cebado a modo.

—Ésos se pueden comer a todo el equipo de la película si falló la forma de cebarlos —dijo secamente Dandi estudiando con preocupación aquella masa de cuerpos reptantes, escamosos, casi encaramados unos sobre otros, bajo la tensa cuerda que pasaba de lado a lado del abismo viviente—. ¿A quién se le ocurrió imaginar esta escena?

—Al guionista —le explicó Peter Graham con un bostezo, vistiendo idénticas ropas y sombrero que «Cocodrilo». Son todos unos subnormales. Yo no pasaría por esa cuerda ni por todo el oro del mundo, amigo.

—No, pero da la casualidad de que soy yo quien tiene que pasar —replicó Dandi.

—Usted y Rossanna. No han encontrado ninguna «doble» que quiera pasar por ahí. Y el maniquí que prepararon se veía horrores. De modo que usted mismo…

—¿Que Rossanna ha de pasar por ahí? —se escandalizó Dandi palideciendo—. Eso ni lo sueñen. Van a oírme esa pandilla de dementes…

Le oyeron. Vaya si le oyeron. Pero no sirvió de mucho. Goodwin, pacientemente, le trató de convencer.

—Mire, Dandi, es imposible hacerlo de otro modo —explicó el realizador—. Pero no existe riesgo. La cuerda es fuerte como un cable de acero. En realidad, eso es lo que es: lleva fibra de metal debajo del plástico que imita el cáñamo. No la rompería ni una docena de hachazos. Además, Rossanna irá sujeta a usted por un cinturón invisible, transparente. Es decir, no podrá separarse de usted y caer.

—Pero podríamos caer los dos juntos —razonó Dandi secamente.

—Vamos, vamos. ¿Va a decirme que tiene miedo de rodar esa escena? ¿Un hombre como usted, que ha hecho en su vida cosas mil veces más peligrosas? Ha probado ya en los ensayos que es un acróbata formidable, que posee una agilidad de simio. ¿Qué le preocupa?

—Los caimanes —fue la respuesta—. No ensayamos con caimanes. Hay demasiados. Y no estoy seguro de que estén hartos de comer.

—Los thai que nos los proporcionaron lo han jurado por todos sus dioses.

—De los thai no me fiaría ni aunque me lo jurasen por su madre. Sólo quieren dólares, lo demás les importa un pito, Goodwin.

De todos modos, la conversación fue inútil. Dandi y Rossanna tenían que rodar la escena como estaba previsto. Iba a ser el punto culminante de la película. Diez cámaras filmarían a la vez, en diversas tomas, ángulos y planos, la arriesgada aventura. Rossanna,

al saber que iría pegada a Dandi, no puso objeciones.

Y comenzó el rodaje.

Avanzó Dandi sobre la tensa cuerda, en medio de un silencio sepulcral. Sólo se percibía el leve zumbido de las cámaras al filmar. Técnicos y artistas, expectantes, contemplaban la escena. Era como asistir al preestreno. Pero al natural.

—Calma, Rossanna —murmuró Dandi, avanzando con ella sobre aquel cable tirante, mientras los saurios, abajo, se removían inquietos, fijando sus vidriosos ojos en las alturas. Era como si estuvieran esperando algo. Y Dandi sabía lo que era.

—La tengo —sonrió ella, sorprendentemente serena—. Voy contigo. No puede ocurrirme nada…

—Me gustaría tener tu confianza, jovencita —rió entre dientes Dandi dando un paso más sobre el vacío. Abajo, un crepitar sordo, alarmante, les recordaba en todo momento, aun sin mirar, la presencia de los incontables saurios.

Pero todo se desarrollaba sin novedad. Goodwin tuvo razón; «Cocodrilo» era un acróbata excepcional. Y la cuerda de plástico y fibra metálica, resistente como un cable de acero. A mitad del abismo, el cazador había cobrado más confianza. Goodwin asentía repetidas veces con entusiasmo, sin despegar los labios. Se estaba filmando algo realmente fuera de serie, pensaba con regocijo el realizador, prometiéndoselas muy felices de cara a la taquilla, y quién sabe si hasta algún Oscar.

Y de repente, sucedió la catástrofe.

Dandi notó el chasquido bajo sus botas. Justo en el centro del foso crepitante. La cuerda cedió de repente, brutalmente, como partida en dos igual que un frágil vidrio.

Rossanna lanzó un grito agudo, prolongado. Dandi juró entre dientes. Y los dos se precipitaron al abismo, junto con la cuerda rota, mientras los caimanes, presintiendo el festín anhelado, se agitaban más excitados que nunca.

CAPÍTULO VIII

CAIMANES Y OPIO

El silencio de los asistentes al rodaje se convirtió en un mutismo helado, de muerte, al menos durante unos momentos. Luego sonaron gritos de terror, de sobresalto, carreras hacia el borde del foso prefabricado, donde la joven pareja parecía tener garantizado un sangriento final.

Un clamor colectivo brotó de todas las gargantas al ver lo que sucedía en el fondo. Y Goodwin se desgañitó, gritando a sus cámaras y auxiliares técnicos:

—¡Rueden, rueden! ¡No dejen de filmar, por todos los demonios! ¡Cámara seis, un picado rápido sobre el foso! ¡Cámara tres, un *travelling* por encima del foso! ¡Silencio todos!

«Cocodrilo» Dandi había logrado aferrarse con un solo brazo a la soga colgante. Sus dedos de hierro se cerraban en torno a aquella cuerda resbaladiza, pendulando en el aire, sobre las fauces abiertas, y reteniendo contra sí fuertemente a Rossanna, que era la viva imagen del terror, gracias al cinturón que les unía.

Los caimanes, pese a su lentitud de movimientos, saltaban excitados sobre otros, encaramándose, alargando sus interminables fauces para aferrar una pierna de él o de ella. Goodwin, mientras seguía fascinado la escena, daba instrucciones por gestos a una ambulancia y a unos miembros de seguridad para que acudiesen al lugar de rodaje para intentar el salvamento de la pareja.

Pero mientras tanto, el espectáculo continuaba. Y nunca mejor dicho.

Dandi había logrado desenfundar uno de sus cuchillos con la

mano libre, manteniendo la otra precariamente sujeta al cable, pese a que notaba que iba resbalando inexorablemente hacia abajo.

Le clavó la punta del arma en un ojo a uno de los caimanes más cercanos y audaces, vaciándole la órbita. El animal emitió un sonido chirriante, dolorido, apartándose de él vivamente. Otro saurio suplió al herido, rozando con sus dientes la bota del cazador. Éste le arrojó su cuchillo al fondo de la garganta, donde se hincó dolorosamente para el animal. Las fauces se cerraron de inmediato.

Cada vez estaban más en el fondo, resbalando sobre la cuerda que pendulaba en el vacío. Logró extraer su pistola que, por fortuna, no tenía sólo balas de fogueo, como la de Peter Graham. Y disparó rabioso contra los animales, mientras Rossanna, no demasiado segura de su cinturón de plástico transparente unido a Dandi, se aferraba a la cintura de éste con ambas manos.

Las balas rebotaban en las escamas de los saurios o penetraban en sus bocas u ojos, ahuyentándoles asustados. Pero había demasiados caimanes allí. Tarde o temprano caerían al fondo, siendo pasto de todos ellos, sin remedio, a menos que llegase una forma de salvación.

Y llegó esa salvación, aunque algo retrasada.

Llegó en forma de un helicóptero de los equipos de seguridad, que sobrevoló el foso, lanzando una escala de cuerda a los dos héroes. Dandi se aferró a esa salvación con una agilidad realmente insólita, que dejó pasmados a todos. Entusiasmado, Goodwin ordenaba rodar, seguir rodando siempre, mientras mascullaba:

—No importa que todo esto no esté en el guión. Lo reharemos de nuevo, se incluirá la escena completa, faltaría más… ¡Va a ser un bombazo!

El bombazo se lo dio a él «Cocodrilo» Dandi cuando, sudoroso, agotado, con su mano derecha desollada por sujetarse al cable colgante, llegó hasta el director, procedente del helicóptero salvador, llevando consigo a una Rossanna más muerta que viva.

—¡Imbécil! —rugió el cazador encarándose con Goodwin—. ¡Por su maldita película podíamos haber servido de festín a esos bichos nosotros dos!

Y le soltó un directo descomunal. Goodwin voló por los aires, para aterrizar sobre una cámara de filmación estrepitosamente, ante la sonrisa complacida de muchos de sus ayudantes. Luego, airado,

Dandi tomó de la mano a Rossanna, llevándola derecha a su cercana *roulotte*, mientras la joven actriz, rotos sus nervios, lloraba histéricamente, presa de una repentina crisis.

* * *

Rossanna dormía apaciblemente en su litera. Había caído la noche sobre Bangkok. Y, por supuesto, también sobre el campamento cinematográfico, donde todos o casi todos dormían ya. El día había sido agitado. Quien más quien menos, cayó agotando en la cama, pero nadie con más motivos para ello que la propia Rossanna.

Brenda, la camarera, se había ausentado a petición de ella misma. Pero rogó a Dandi se que quedara con ella en el camerino-vivienda. El cazador, comprendiendo su estado de ánimo, optó por acceder.

Estaba durmiendo en el sofá, al fondo de la caravana, observando de vez en cuando a la muchacha. Parecía agitada aun en sueños, y pese a haber tomado dos cápsulas de su sedante.

—Así dormida, parece tan distinta… —murmuró Dandi para sí —. Uno no diría que es una niña caprichosa, malcriada, engreída y llena de defectos…

Logró conciliar él también su sueño. Le despertó un rumor liviano, casi inaudible. Pero el sueño de un cazador habituado a la jungla, es siempre ligero.

Abrió los ojos. Rossanna estaba despierta ahora. Se incorporaba, yendo a su baúl-armario, repleto de costosos vestidos, maquillajes, pelucas y toda clase de atrezo para su profesión. La observó sin moverse, a través de sus párpados entornados.

La vio abrir un cajón del baúl, extrayendo algo de él. Era un frasco color caramelo, pero no como el que procedía de la farmacia, con su sedante habitual. La observó abriendo el recipiente para echar en su mano varias tabletas.

Pegó un salto repentino, cruzó el vagón con zancadas vertiginosas, cayendo sobre ella de forma imprevista. Rossanna lanzó un grito ronco, asustada, dejando caer las cápsulas que iba a engullir. También soltó el frasco, cuyo contenido se dispersó por el suelo.

—¿Te has vuelto loco? —le reprendió—. ¿Qué haces ahora?

—Evitar que tomes porquerías. ¿Qué son esas tabletas?

—Un medicamento… para mis nervios. Lo necesito.

—¡Mientes! Esto no se ha elaborado en ninguna farmacia autorizada. ¿Quién te lo dio?

—Rocco… Mi hermano. Es un sedante mucho más eficaz que otros.

—Y tan eficaz. —Dandi rompió una de las tabletas, tras recogerla del suelo, pasándola por la lengua—. Esto sabe amargo. Muy amargo. Conozco el sabor. Es un alcaloide. Una mezcla de morfina y heroína, lo podría jurar.

—¡Morfina y heroína! —gritó ella, airada—. ¿Qué sabes tú de esas cosas, patán?

—Ya sale la deliciosa criatura que es Rossanna, la «estrella» —suspiró él resignado, estrujando la píldora entre sus dedos—. Escucha, mocosa maleducada, antes de ser lo que ahora soy, fui otra clase de persona. Estudiante, soñando con un porvenir. Estudié farmacia, entre otras cosas, aunque luego lo dejé, como todo. Muchas veces me he preparado yo mismo medicamentos en la selva, con raíces o plantas. Conozco bien la naturaleza. De ella se extrae todo: lo que cura… y lo que mata. Esto sale de flores del mal, Rossanna. Del opio, de la adormidera, como la cocaína sale de la hoja de la coca… Y tú te estás drogando sin saberlo, eres una adicta sin tener idea de ello, imagino.

—No es posible. Mientes, Dandi… ¡Mi hermano nunca haría eso conmigo! —protestó débilmente ella, mirándole con temor—. Esa medicina me alivia tanto, me calma…

—Claro que te calma. Te duerme durante horas. Cuando no la tomas, te enfureces. Y sufres el síndrome de abstinencia en cuanto la dejas. De ahí tu carácter, tus reacciones extemporáneas… Eres una víctima de la droga. Y tu hermanito Rocco te ha convertido en eso. Me pregunto por qué. A menos que esos viajes a Brasil, a Colombia, aquí a Tailandia, rodando películas exóticas… tenga un significado distinto al que aparentemente se le supone…

—No te entiendo. ¿Qué pretendes decir con todo eso? —Le miraba con ojos angustiosos, mientras él, implacable, recogía cada tableta del fármaco, arrojándola al retrete ante la desesperación de la joven actriz—. Yo no tengo nada que ver con…

—Tú posiblemente, no. Pero Rocco anda metido en esto hasta el

cuello. Vamos a comprobar algo inmediatamente, jovencita.

Y ante el asombro de ella, volcó de un empellón el baúl armario, empezando a vaciar cajones, a tirar vestidos, pelucas y maquillajes por doquier. Ella intentó frenarle, pero Dandi era como un vendaval, un huracán que todo lo arrollaba en esos momentos.

Cuando estuvo vaciado el baúl, todo seguía igual. Ella le dirigía improperios, golpeándole con los puños cerrados, como una chiquilla furiosa, sin que él se inmutara. Finalmente, tras una ojeada reflexiva al vacío baúl, Dandi procedió a desguazarlo tranquilamente.

Ante el pasmo y horror de ella, sus manos, recias como garras, reventaron los paneles interiores del baúl, arrancaron tela, madera, plástico… para que, de repente, en cascada, cayeran sobre el suelo bolsas y bolsas de plástico herméticamente cerradas, conteniendo un polvillo blanquecino, de tono cristalino, amarillento de reflejos.

Eran docenas y docenas de bolsas bien prensadas. Su contenido parecían semillas vegetales. Y en realidad lo eran. Dandi sabía de qué clase de flores procedían…

—¡Opio! —señaló acusador—. ¡Semilla de adormidera! ¡Morfina pura en estado vegetal, que una vez refinada y elaborada dará una perfecta y costosa *heroína*! ¡Ése es el cargamento que has estado metiendo en los estados Unidos en cada uno de tus viajes a los países donde el opio se cultiva, lo mismo supongo que habrás llevado coca desde Colombia o Brasil!

—No es posible… ¡No es posible! —gimió ella, asustada, cayendo de rodillas junto a los restos de su baúl—. ¡Rocco no me haría esto a mí!

—Claro que te lo hacía. Y te drogaba mientras tatito, para que no vieras más allá de tus narices. El alcohol de que tanto abusas hacía el resto. Una hermanita drogadicta, conduciendo sin saberlo una mercancía de millones de dólares. Un negocio redondo, porque sabía que el equipaje de la gran Rossanna nunca se revisa a fondo en las aduanas… Ventajas de ser famosa, casi intocable. Pero esta clase de cosas no se pueden hacer solo. Tu hermanito debe tener buenos aliados y proveedores en Tailandia, como los tendría en los demás países…

—Usted tiene razón, señor —dijo una fría voz suave, de impecable inglés pero claro acento asiático, desde la puerta de la

roulotte—. Tiene buenos aliados. Nosotros lo somos. Y ahora hemos de matarles, porque saben demasiado los dos.

Dandi se volvió vivamente hacia la entrada. Rossanna lanzo un gemido.

Dos orientales vestidos de occidental, con pistolas provistas de silenciador, estaban en pie en el acceso a la caravana, encañonándoles sin contemplaciones. Sus rostros herméticos, aceitunados, de ojos oblicuos, eran como máscaras.

Máscaras de matar, pensó Duncan Dandi con pesimismo.

* * *

Y a matar venían. Sus dedos se movían en los gatillos, prestos a apretarlos sin más explicaciones. La presencia de las bolsas de opio en el suelo, eran de por sí lo bastante explícitas para ellos. Sabían que, llegados a ese punto, no tenían otra solución si querían salvar el negocio.

Pero Dandi no estaba dispuesto a dejarse matar tan fácilmente. Era un hombre de recursos. Desde su emplazamiento, con gran celeridad de movimientos, el cazador de cocodrilos lanzó sobre los visitantes tailandeses todas las pelucas, trajes costosos con pedrería y útiles de escena de Rossanna, dispersos por el vagón.

Eso no impidió que ellos disparasen, con un doble, ahogado «Ploc», sus dos pistolas. Pero las balas salieron desviadas, que es lo que quería Duncan. Las oyó zumbar muy cerca de ellos, aunque no lo suficiente para preocuparse por el momento.

Los tailandeses accionaron de nuevo las armas, con un doble juramento en lengua thai, adelantándose rápidos hacia ellos para rematar su tarea. Dandi saltó hacia su sofá como una centella, surcando el aire en pos de su pistola.

Cayó sobre el mueble perseguido por otro proyectil, mientras la bala se clavaba en el baúl destrozado, tras el cual había buscado refugio Rossanna. Los taponazos secos y siniestros de las armas silenciosas era todo el sonido audible allí.

Cuando Dandi alcanzó su funda colgada del sofá, con la «*Parabellum*» dentro, los orientales volvían a la carga. Y ahora estaban lo bastante cerca para ser sumamente peligrosos.

Por fortuna, un nuevo personaje terció en la escena en ese dramático instante.

—¡No! —Sonó una voz angustiada en la puerta de la *roulotte*—. ¡Dejad eso! ¡A mi hermana no, nunca lo consentiré!

—¡Rocco, vete! —chilló Rossanna, olvidándose de que su hermano era el culpable de todo aquello—. ¡Te matarán!

Los tailandeses se volvieron. Rocco extraía ya un arma de sus ropas, para enfrentarse a sus aliados, en defensa de su propia sangre. Eso le perdió. Uno de los orientales apretó el gatillo dos veces. Dos «¡ploc!» seguidos marcaron el final de Rocco Angeli. Saltó atrás, empujado por dos balazos a bocajarro, con el estupor marcado en el semblante. Ni siquiera llegó a desenfundar su arma.

Pero Dandi ya tenía la «*Parabellum*» en su mano. Y Rocco, cuando menos, le había dado el respiro y el tiempo necesarios para actuar con cierta ventaja sobre los asesinos.

Disparó rabiosamente. Su arma sí que hacía ruido. Bramó en el silencio de la noche, a medida que llameaba furiosa contra los pistoleros tailandeses. Éstos iniciaron un bailoteo grotesco, mientras Rossanna chillaba presa de una crisis de histeria.

Era el baile de la muerte, la macabra danza final para dos criminales. Los balazos de «Cocodrilo» no encerraban ninguna piedad. El tampoco la tenía con los asesinos ni con los saurios.

Cayeron sin vida en medio de la caravana, abatidos por el arma de Dandi. Rossanna llorosa, corrió entonces junto a su hermano. Dandi la siguió, arma en mano.

Rocco no había muerto, pero le quedaba poco. Tenía un balazo en el pulmón y otro en el hígado. Vomitaba sangre lentamente al hablar con esfuerzo, fija su vidriosa mirada en su hermana.

—Lo siento… Rosa… —gimió—. Fui un cana… lla… Te aproveché a ti, te uti… licé para… mis fines… Millones ganados… sucia… mente… Coca… opio…

—Calma, Rocco, querido. No hables. El médico vendrá enseguida a atenderte… —sollozó ella.

—El médico no sirve para nada —cortó Dandi brutalmente—. ¿No ves que se muere?

—El tiene razón… —sonrió forzado Rocco entre burbujas de sangre—. Siempre la tiene… Dandi, perdóneme usted también… Drogaba a mi propia hermana con un fármaco hecho de morfina… para que no se enterase de nada nunca cuando ponía la droga en su equipaje… Pero yo nunca la hubiera intentado matar… como hizo

su marido…

—¿Qué estás diciendo? —se interesó vivamente «Cocodrilo», arrodillándose junto al moribundo.

—Lo he averiguado… Tengo contactos importantes en el hampa de Bangkok, como en otros lugares… —Vomitó más sangre—. Investigué… eso… He sabido que Gillings, mi socio en esto, me traicionaba… Lleva un doble juego con Lothar Khan…

—¡No! Lothar Khan no… No puede ser, Rocco, te equivocas… —gimió Rossanna.

—No me equivoco, maldito hindú farsante… El está tras los atentados. Hizo cortar la… la cuerda hoy… sobre el foso de los caimanes… a sus esbirros thai. Él en persona está ahora en Bangkok, dirigiendo la operación para deshacerse de mi hermana… y repartir la herencia con el maldito Gillings, que sigue en Los Ángeles como coartada…

—¿Dónde? ¿Dónde está ahora Lothar Khan, Rocco? —le apremió Dandi al hombre que se extinguía ante ellos.

—En un hotel… de Bangkok… —jadeó el herido—. Un hotelucho de tercera clase en Silom Road, la calle de los masajes, la prostitución y la basura humana de Bangkok…

—¿Qué hotel? ¿Lo sabe? —insistió «Cocodrilo».

—Sí… El Hotel Siamés… Habitación 205… Se aloja con el nombre de Psawan Ajmer. Cuidado, Dandi… Le acompañaban tres thais asesinos… los que cortaron sin duda el cable del foso de… caimanes… mezclándose con los trabajadores nativos… Perdón… perdón, Rosa… por to… do…

—¡Rocco! ¡Hermano! —sollozó ella como si despidiera de este mundo a un santo.

Rocco exhaló su último aliento con una bocanada de sangre. Luego, se quedó quieto, mirando al techo, al vacío, a la nada, con sus ojos vidriosos, resignados. Dandi resopló, cerrándole los párpados con un gesto de piedad repentina.

—Amén —murmuro—. Que descanse en paz, pese a todo…

Rossanna seguía llorando a su hermano muerto con patetismo que revelaba su raíz latina. Duncan Dandi, con gesto crispado, se puso su cinturón canana, tomó sus cuchillos, su «*Parabellum*», su sombrero con la banda de piel de cocodrilo. Y fue hacia la puerta, donde ahora se agolpaban ya numerosos miembros de la expedición

cinematográfica, atraídos por el estruendo de los disparos de su arma. Se abrió paso entre todos ellos con férrea, feroz energía en su endurecido semblante. Los verdes ojos de Dandi eran como dos esmeraldas fulgurando bajo una luz helada, mortal.

CAPÍTULO IX

«HAPPY END»

Lothar Khan soltó una imprecación, tirando casi el teléfono sobre la mesita del cuarto del hotel.

—¡Maldición! —dijo, entremezclando en sus palabras los idiomas hindi, thai e ingles—. ¡Ese imbécil de Gillings se ha dejado coger en Los Ángeles por la policía! Al parecer, Rocco Angelí está muerto… y antes telefoneó a la policía de Bangkok para informarles del asunto de las drogas. Gillings cantará todo lo referente al opio y la coca, pero también dirá lo nuestro el muy cerdo; no tiene redaños para soportar un interrogatorio mediano. Nunca debí meterme en negocios con él… Nos vamos de aquí ahora mismo. Preparadlo todo.

Lothar Khan se puso a recoger sus cosas, mientras los tres silenciosos thai que le acompañaban como escolta le imitaban sin pérdida de tiempo. Por el balcón abierto llegaba hasta ellos el bullicio de la Silom Road, con sus prostitutas, sus vendedores de pornografía, sus ladrones y sus traficantes de opio en menor escala, anunciando a los turistas los fumaderos de la calle.

—Colócate ahí de guardia, en la puerta —silabeó Khan a uno de sus secuaces—. No me fío nada de ese tipo que está con los del cine, Duncan Dandi. Si sabe por Rocco lo que sucede, podría presentarse aquí en busca de explicaciones por lo de hoy en el foso de caimanes…

El tailandés asintió, situándose junto a la puerta pistola en mano. Los otros dos siguieron con su tarea, en tanto Lothar Khan acababa de cerrar su valija.

—Y ahora, en marcha —dijo el supuesto profeta ecológico—pacifista, encaminándose a la salida resueltamente.

—¿Adonde tan deprisa, Lothar Khan? —preguntó uña voz sardónica desde el balcón.

Procedente de la calle, junto con todos los ruidos y voces de Silom Road, penetró en la estancia de un ágil salto el hombre a quien más podía temer en estos momentos: «Cocodrilo» Dandi, el cazador de saurios.

Khan y su gente se volvieron hacia él, con gritos de sobresalto.

Las armas de fuego buscaron al audaz intruso que, tras pendular sobre el balcón, encima de la angosta calle, al subirse a un anuncio escalando la fachada, cosa que había llenado de admiración y pasmo a los nativos y turistas de la populosa calle, ahora caía de pie en el centro de la estancia, sin abandonar su sonrisa, pero dura y fría la expresión como si su curtido rostro hubiera sido tallado en bronce puro.

—¡Matadlo! —aulló Khan, buscando su propia arma bajo el impecable traje blanco, al que nunca parecía renunciar, ni siquiera bajo la falsa identidad del turista hindú Psawan Ajmer, aunque al menos sí había renunciado por esta vez a su turbante plateado, por uno oscuro, mucho más discreto—. ¡Matadlo, vamos!

Eso era más fácil decirlo que hacerlo, con un hombre como «Cocodrilo» Dandi. Su mano diestra empuñaba ya la temible «*Parabellum*». Y su zurda un cuchillo de ancha hoja, útil para matar caimanes. Pero también seres humanos, llegado el caso.

Disparó ambas cosas a la vez, de modo simultáneo. Balas con su pistola, acero desnudo y afilado con su mano izquierda. Todo llegó a su destino. Los tres esbirros de Lothar Khan fueron barridos con pasmosa facilidad. Uno se desplomó, con el corazón atravesado por la hoja de acero. Los otros dos, antes de usar sus armas, saltaron como peleles, con el cráneo destrozado a balazos uno, y con el pecho convertido en un mar de sangre el otro.

Lothar Khan logró disparar su pistola sobre Dandi, pero éste, con un salto inverosímil, evitó casi del todo el impacto. Casi, porque su musculoso brazo izquierdo se cubrió de sangre, rasgado por la bala, no lejos del pecho.

La herida enfureció a Dandi que, en vez de disparar a mansalva sobre su enemigo, optó por lanzarse sobre él violentamente. Ambos

cuerpos rodaron por el suelo del cuarto de aquel hotelucho, dando volteretas.

Lothar Khan era ágil y vigoroso. Sabía pelear, además.

Pero su enemigo era demasiado fuerte y duro para él. Un hombre habituado a abrazarse a muerte con saurios de cuatro o cinco metros de longitud, lo tenía fácil en lucha cuerpo a cuerpo con un ser humano, por duro de pelar que fuese.

Tras un intercambio de golpes, Dandi conectó dos impactos demoledores en el mentón de Khan, luego le martilleó el hígado y, finalmente, con un gancho terrorífico, apenas se hubo separado el hindú de él, lo envió contra la pared, donde rebotó de modo escalofriante.

Dandi, implacable, fue hacia él. Hundió su puño tres veces en el estómago, en rápida sucesión. Cuando Khan se dobló ante él, sin aliento ni fuerzas, unió sus dos puños y los descargó, a modo de mazo, sobre la nuca del criminal.

Fue como entrar a matar a un toro. Khan se desplomó fulminado sus pies.

—Ya está —resopló «Cocodrilo» Dandi restregándose sus doloridos nudillo—. Asunto terminado. Rossanna se convencerá de que eres un farsante miserable cuando oiga de tus propios labios la confesión de tus delitos, profeta de pacotilla…

Y se encaminó al teléfono, para llamar a la policía de Bangkok.

* * *

—Te lo juro, Duncan. No volveré a beber alcohol, no tomaré una sola pastilla sedante más en mi vida. Y no volveré a ser caprichosa ni autoritaria. ¿Es eso suficiente?

—Bueno, podría serlo —admitió él, dubitativo, sentado junto a ella en el avión que les devolvía a Los Ángeles, una vez terminado el rodaje en Bangkok.

—¿Y qué más quieres que haga para que te quedes a mi lado en Hollywood, maldito tirano? —Se enfureció ella de repente.

—Ah, no. Eso, no —la reprendió severo agitando un dedo amenazador—. Quedamos en nada de caprichos, autoritarismos e histerias, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —se calmó, fulminándole con sus ojos azules. Luego, se acurrucó mimosa contra él—. Pero quédate, cariño,

quédate conmigo… No te vayas a tus selvas otra vez.

—Te he prometido estudiarlo, eso es todo.

—Bueno, algo es algo. Eso te permitirá quedarte por un tiempo en Los Ángeles, supongo.

—Por un tiempo —aceptó él, cauteloso—. Hablaremos entonces de todo eso jovencita.

—¡Te dije que no me llamaras así nunca! —clamó ella, airada.

—Eh, eh. —Dandi frunció el ceño—. ¿Ya volvemos a las andadas?

—No, perdona… —admitió con increíble docilidad abrazándole—. Pero «jovencita», no… Eso, no…

—¿Prefieres que te llame Rosa, cómo hacía tu hermano?

—¡No, eso no! Rossanna… o jovencita —admitió resignada ella.

—Eso está mejor —sonrió «Cocodrilo» Dandi quitándose su sombrero para mesarse los dorados cabellos, inclinarse y besar los labios de su compañera de viaje—. Mucho mejor, jovencita… Rossanna.

Ella respiró hondo, con alivio. Y le devolvió aquel beso larga, largamente…

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/